

Publicado por:

NovaCasa Editorial

www.novacasaeditorial.com

info@novacasaeditorial.com

© 2022, **Elena García**

© 2022, de esta edición: Nova Casa Editorial

Editor

Joan Adell i Lavé

Coordinación

Edith Gallego Mainar

Cubierta

Gabriela Rey (@madameardent)

Maquetación

Luisa Cruz (@ilulibro)

Meritxell Matas

Corrección

Carla Rubal

Impresión

PodiPrint

Primera edición: abril de 2016

Segunda edición: septiembre de 2016

Tercera edición: abril de 2017

Cuarta edición: diciembre de 2017

Quinta edición: octubre de 2022

ISBN: 978-84-18726-66-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917021970/932720447).

ELENA GARCÍA

Doctor Engel



Nova Casa | *Zelá*

*A vosotros, que siempre os he dedicado mis logros;
esta vez no será diferente. Por cuidarme cuando más
lo he necesitado. Por enseñarme el significado de la palabra
bondad y el placer de ayudar al prójimo. Por no apartaros
de mi lado. Os llevaré siempre conmigo, abuelos.*

*A mi marido e hijos, por su apoyo incondicional,
por sus ideas cuando mi mente quedaba en blanco y por
aguantarme cada vez que me ponía pesada pidiendo
opiniones. Os amo con toda mi alma.*

*A mis padres y hermanos por su paciencia y saber estar en
todo el proceso. Por sus ánimos y por compartir mi alegría.*

*Y, sobre todo, a mis chicas (y chicos) de Wattpad,
que gracias a su apoyo constante Doctor Engel
ha llegado hasta aquí.*

Capítulo 1

Siento un empujón tan fuerte que pierdo el equilibrio y caigo con violencia de rodillas al suelo. Los gritos e insultos no cesan mientras sus manos agarran mi camiseta y tiran con fuerza. Noto cómo la ropa presiona mi cuello cuando lo hace. Me gira y, sin esfuerzo, consigue colocarme a la altura de sus ojos para que lo mire. Gotas de saliva mezcladas con alcohol llegan hasta mis mejillas, pestañas y nariz cuando me habla, está totalmente fuera de control...

Mario no era así cuando lo conocí. Llevamos juntos más de cinco años y estos dos últimos están siendo un infierno. Empezamos a salir en la universidad y, desde entonces, ha sido mi primer y único amor. Soy incapaz de dejarlo; no me atrevo, pues tengo miedo a su reacción. Sé que si lo hago enloquecerá y quién sabe de lo que es capaz.

No entiendo por qué todavía lo quiero, aunque a veces creo que no es amor, sino pena lo que siento. Mario solo me tiene a mí, le despidieron del trabajo hace diez meses y desde hace años no habla con su familia. Tiene mucho orgullo y un único amigo, con el que se emborracha casi a diario.

Hoy el motivo de su enfado ha sido porque al llegar a casa no había cerveza en la nevera. El de ayer, porque tardé en abrirla la puerta. Había perdido su llave y cuando llamó yo estaba en la ducha. Hace tres días, porque no le contesté un mensaje al instante, debido a que estaba en una reunión importante...

Cada día que pasa es peor. Con mucha sutileza, a lo largo de estos años, ha ido ganándose terreno. Empezó con gritos, y al ver que cedía por miedo se sintió poderoso (lo veo cada día en sus ojos) y continuó con insultos. Al poco llegaron las amenazas, y ahora me agrede físicamente sin piedad.

—Mario, suéltame, por favor, y tranquilízate. Acabo de llegar del trabajo y no me ha dado tiempo ni a abrir la nevera, ayer quedaban doce latas... —Diga lo que diga no me dará opción, y tampoco recordará que ha sido él quien se las bebió.

—¿A quién has invitado mientras he estado fuera? ¡Dime, perra!

Llega el primer bofetón y siento el sabor tan familiar de la sangre en mi boca. Sé que he vuelto a cortarme el carrillo interno con mis dientes por el impacto, justo en el mismo sitio que ayer. Cruzo los brazos sobre mi rostro para evitar más daño, pero esta vez un fuerte puñetazo golpea mis costillas. El dolor es tan intenso que hace que expulse todo el aire de mis pulmones y tengo la sensación de que no voy a poder llenarlos nunca más. Mis brazos caen por la sacudida, dejando mi cara sin protección, y aprovecha para darme otro duro golpe en la mandíbula.

Mis ojos se cierran y me abraza una increíble sensación de paz. «¿Cómo es posible que algo tan agradable me invada en este momento?», me digo al tiempo que mi cuerpo se relaja. Puedo oír mi respiración tranquila, pero el resto de ruidos se alejan hasta

que desaparecen. Parezco de gelatina y no me responde nada. Sé que caigo al suelo al tiempo que recibo más patadas, pero ya no siento ningún dolor...



Tintineos y pitidos en la lejanía, murmullos... Mi sentido de la audición está volviendo. Papeles que se rasgan, plásticos batiéndose en el aire, telas y líquidos. No necesito abrir los ojos para percibir gente a mi alrededor. Una dulce y ronca voz masculina perfora mi canal auditivo y no es la de Mario. Al momento, un fuerte dolor de cabeza se apodera de mí y cuando intento llevarme las manos a la cara alguien me lo impide.

—Quieta, Natalia. ¿Puedes abrir los ojos? —Esta vez habla una mujer.

—Sí, creo que sí —respondo, pero cuando lo voy a hacer llega la siguiente pregunta y se me hiela la sangre.

—¿Recuerdas lo ocurrido? —Claro que lo recuerdo, pero no puedo contárselo. El miedo a que puedan leer la verdad en mi mirada me obliga a mantener los ojos cerrados.

—No lo sé... —contesto con rapidez.

—Tu novio nos ha comentado que te has caído por la escalera cuando ibas a la compra. ¿Es cierto? El chico está ahí fuera esperando noticias y bastante nervioso.

Abro los ojos, sorprendida, y, al momento, una luz cegadora me hace volver a cerrarlos. Hay una enorme lámpara encima de mi cabeza. Cuando por fin consigo enfocar a la enfermera siento confusión. «¿Será cierto? ¿Me habré caído como dice? Es cierto que tenía que salir a la compra, pero... no recuerdo haber bajado

ningún escalón». Y es ahí cuando me doy cuenta de todo. Es un puto mentiroso.

—No lo recuerdo, señorita —digo aterrada, tratando de ocultar lo ocurrido.

—Natalia. —Me sobresalto. La ronca voz masculina de antes suena a mi derecha.

Me giro para verlo y lo primero que encuentro es a un enorme hombre vestido de verde. Mide alrededor de un metro noventa. Musculoso y con los ojos más azules que he visto en mi vida. Tiene el cabello rubio despeinado y lleva una barba de tres días. «¿Estoy en un hospital o en el cielo?». Dudo. Su mirada parece la de un ángel.

—Soy el Doctor Engel, su traumatólogo.

—Encantada, Doctor Engel. —Mi voz suena forzada. Tiene un ligerísimo acento, creo que alemán.

—Vamos a tener que vernos durante algún tiempo, Natalia. Tiene varias contusiones que debemos vigilar. No son graves, pero hay que tenerlas bajo control. En especial la de su brazo izquierdo. —En ese mismo momento descubro que lo tengo inmovilizado.

—Doctor... ¿varias? —contesto, sorprendida. Me parece increíble que hable de varias, cuando hasta el momento no tengo ningún dolor.

Miro hacia arriba y veo botes de suero colgados y goteando. De ellos salen varios tubos transparentes que acaban en el doble de mi brazo sano.

—Sí. También tiene dos costillas afectadas, además de un golpe muy feo en el mentón. —Toca mi mandíbula para girarme la cabeza y observarlo mejor.

Me mira directamente a los ojos y veo rabia e impotencia en los suyos. Con una voz seca y seria a la vez, prosigue.

—Perdone que insista, Natalia, pero... ¿seguro que no recuerda nada?

Sus palabras hacen que un escalofrío recorra mi espalda. Si no actúo bien van a descubrir que miento. Quizás lo intuyen, pero no puedo arriesgarme. Retengo el aire en mis pulmones y en ese instante compruebo que mis costillas están tan afectadas como me han anunciado. La presión es tan grande que parece que un elefante me pisa, y, con gesto de dolor, contesto:

—No, Doctor Engel, no recuerdo nada...

No me siento cómoda mintiendo. Yo no soy así. Mis padres siempre se han preocupado por enseñarnos a mis hermanos y a mí a ser sinceros, y los estoy traicionando. Noto cómo me observa y estoy segura de que ha descubierto mi batalla interna. Levanto la mirada y ahí están de nuevo esos intimidantes ojos azules clavados en los míos. Esta vez juraría que es pena lo que percibo en su expresión.

—Bien, entonces aquí ha terminado mi trabajo por ahora. Te veo en unas horas. —Su voz me saca de mis pensamientos y pestaíneo, confusa. Hay enfado en su manera de hablar, pero no dice nada más. Deja unos folios a los pies de la cama y no espera a que me despidan ni le dé las gracias. Da media vuelta y se va.

Me quedo a solas con la enfermera y en silencio. Ella también parece estar extrañada por la forma en la que se ha marchado el Doctor. Observa la puerta durante algunos segundos, y, al ver que no regresa, vuelve su atención hacia mí.

—Vale, vamos allá —me dice poco convencida—. Terminaré yo de explicarte lo que vamos a hacer ahora. ¿De acuerdo? —Asiento—. Te vamos a dejar en esta sala durante algunas horas. Necesitamos saber el porqué de la pérdida de consciencia que has sufrido. Aunque creemos que se trata de un traumatismo craneal menor. De todas formas, vendrá a verte nuestro neurólogo.

—¡Suenan horrible! —exclamo, asustada.

—Tranquila, esto suele ocurrir cuando la cabeza se mueve muy rápido debido a un golpe. Posiblemente al de tu mentón. Si te sientes mejor, y las exploraciones que te hagan son correctas, podrás irte a casa, pero alguien deberá vigilarte allí durante las próximas veinticuatro horas.

Media hora después, el neurólogo está probando todos mis reflejos. Anota algunas cosas en su carpeta y coloca más goteros al lado del suero; cuando termina, se marcha, dejándome sola. No sé cuánto tiempo pasa hasta que los nuevos calmantes me hacen efecto, pero mis párpados se vuelven mucho más pesados y me duermo.



—De acuerdo, Natalia. —Vuelvo a oírle y me despierto asustada. Por un momento, no sé dónde estoy, hasta que me oriento y lo recuerdo. Al notarme alterada, el doctor pone una mano sobre mi cabeza mientras se acerca para hablarme, y ese gesto tan familiar consigue que mi respiración se calme—. Pues parece que ha tenido suerte esta vez y se va para a casa...

Si él supiera no lo llamaría suerte.

—Eso parece —contesto sin demasiado entusiasmo.

—No podemos hacer más si no nos ayudas, querida.

—¿Cómo? —El corazón me late en los oídos.

—La enfermera Adelaida y yo llevamos demasiado tiempo trabajando juntos en traumatología como para saber qué heridas o traumas son compatibles con caídas, y cuáles no. Casualmente, este no parece ser el caso...

«Mierda, mierda y más mierda», me digo. Apenas puedo respirar, y no por el golpe.

—No sé de qué me está hablando, doctor —respondo sin pensar.

—Ojalá esté equivocado, pero yo creo que sí. —Me quedo muda. El latido de mi corazón golpea ahora en mis sienes y el silencio me traiciona.

Me mira directamente a los ojos y sonrío de una forma lastimera que eriza mi vello. Sin decir una palabra más, empieza a quitarme todos los tubos con ayuda de la enfermera y me siento tan incómoda que lo único que quiero es irme de ahí lo más rápido posible, pero solo de pensar en lo que me espera fuera hace que me plantee varias veces la idea. No sé qué es peor...

—Nos vemos en un par de días, Natalia —dice el doctor—. Le dejo el informe de alta, ya que sus lesiones no requieren ingreso. Solo necesita mucho reposo y estos calmantes. —Me señala una caja verde—. Ahí también está la cita para que sepa dónde acudir. El jueves a las cinco de la tarde la veo. —Sin más explicaciones, y sin darme tiempo a nada, se marcha de nuevo.

Cuando me quedo sola recojo los papeles, los reviso y descubro entre ellos algunos documentos de asociaciones dedicadas a ayudar a víctimas del maltrato y su número de teléfono. No puede estar pasándome esto a mí...

Una auxiliar de enfermería tiene que ayudarme a vestirme. Hasta ese momento no había sido consciente de lo difícil que van a ser para mí estos días. Mi madre, una de las dos personas que podría ayudarme, está viviendo en Toledo y tampoco quiero asustarla, por lo que se lo ocultaré todo el tiempo que sea posible. Y a Laura, mi mejor amiga, no voy a poder engañarla. Ella sabe algunas de las cosas por las que he tenido que pasar debido a que necesitaba desahogarme, y aunque con ella siempre he tratado de quitarle hierro al asunto, sabe lo que hay.

Cuando me llevan a la sala de espera, donde están los familiares, puedo ver a Mario, y, al girarse hacia mí, mi pelo se eriza como si fuera un animal asustado. Baja la mirada al tiempo que aprieta sus labios y puedo ver en su rostro que está bastante afectado. Juraría que siente remordimientos.

Sé que siempre se arrepiente después de nuestras peleas y verlo así me da tanta lástima que le perdonaría cualquier cosa. No es mal tío, es solo que se altera con facilidad y está pasando por una mala racha.

Mario tiene el detalle de traer el coche a la entrada de urgencias para que no tenga que caminar hasta el aparcamiento, algo que le agradezco enormemente. Espero sentada en una silla de ruedas mientras vuelve, y cuando le veo aparecer me pongo en pie para intentar llegar hasta él. Por culpa del dolor tan horrible que siento en las costillas voy mucho más despacio de lo que me gustaría. Es un verdadero suplicio andar y respirar a la vez. Mario empieza a perder la paciencia y se cabrea.

—No debe de haber una tía más blanda y quejicosa que tú
—me dice mientras voy dando pequeños pasos a la vez que

lucho contra el ahogo. Decido no contestar y dejarle decir lo que quiera, porque si no será peor—. ¡Vamos, coño! —vuelve a increparme—. ¡Se nos va a hacer de día a este paso!

La gente lo mira con desprecio desde la calle y siento vergüenza ajena. Él, en cambio, siente todo lo contrario: saca pecho creyendo que ven a un hombre, muy hombre y dominante, e incluso se atreve a sonreír orgulloso, haciéndome sentir dolida y humillada. Es por su culpa que estoy así, y para colmo se está riendo de mí. No merezco esto. No tiene derecho a tratarme de esta forma. Sé que no soy gran cosa, él se encarga de hacérmelo ver cada día, repitiéndomelo en cada ocasión... Seguramente nadie me vaya a querer nunca porque, como él dice, no valgo nada, pero creo que no merezco esto. Nadie merece esto. Me tiene agotada física y psicológicamente, y desde hace meses tengo la sensación de que no puedo más. A mis veinticinco años estoy acabada y hundida. Mi vida no tiene sentido. No puedo dejarle, pero tampoco quiero seguir viviendo así, y, para colmo, no puedo contárselo a nadie por miedo a represalias. Estoy totalmente perdida...

El regreso a casa lo hacemos en silencio. Como no quiero mirarlo a la cara, me paso parte del trayecto observando los coches que nos adelantan, hasta que siento su mano en mi muslo y unas horribles náuseas se apoderan de mí. Lo miro, me está sonriendo; trato de mantener la calma evitando devolverle la sonrisa para no darle pie a nada y giro de nuevo la cabeza hacia la ventana.

—¿No piensas decirme nada? —suelta de repente.

—¿Qué tengo que decirte?

—Pues no sé, Natalia. Llevo todo el jodido día esperándote en el hospital, al menos deberías agradecérmelo, ¿no crees? —

Le fulmino con la mirada. ¿En serio ha dicho eso?—. ¡Eres una puta desagradecida! —Cuando clava sus ojos en los míos siento pánico y, por instinto, bajo la cabeza. Aun así, no puedo evitar contestarle.

—¿Perdona? Me has golpeado hasta hacerme perder el sentido, Mario. —Necesito que entienda que ha estado mal.

—Te recuerdo que has sido tú la que ha provocado todo esto, señorita... —me responde con sarcasmo. Esto ya es demasiado para mí. Es irreal y debo estar soñando, sino no me lo explico.

—Pero ¿qué me estás contando? —pregunto visiblemente afectada.

—Tú eres la inútil que se ha caído por la escalera. Eres muy, pero que muy torpe, Natalia. —Se gira y me sonrío con malicia mientras vuelve a ponerme la mano en el muslo—. Tendrás que recompensarme, ¿no crees? —Las náuseas vuelven en ese instante y trato de contenerme para no vomitar.

Segundos más tarde llegamos a la puerta de nuestro edificio y le pido, por favor, que se detenga para que me pueda bajar mientras él aparca. Cede y respiro, aliviada. No sé si sería capaz de llegar hasta la casa, pues nuestra plaza de garaje está bastante alejada. Como puedo, salgo del coche tratando de ocultar mi dolor, y, aunque mis ojos se llenan de lágrimas y la torpeza es evidente, me esfuerzo por disimularlo. Lo último que quiero es oírle protestar.

El siguiente reto al que me tengo que enfrentar es la escalera. Vivimos en un segundo sin ascensor y, por primera vez, empiezo a arrepentirme de no haber elegido un bloque de pisos mejor. De uno en uno, y muy despacio, voy alcanzando cada peldaño. No

he llegado todavía al primer descansillo cuando le oigo detrás. Me vuelvo esperando alguna de sus quejas, pero solo me mira y, a continuación, sube de tres en tres los escalones, dejándome allí. Casi media hora después, y tras tener que hacer varias pausas, logro llegar.

Aliviada, abro la puerta con mi llave y nada más entrar oigo la ducha. «Por fin un rato tranquila», me digo. Me siento en el sillón e intento relajarme. Pasados unos minutos me doy cuenta de lo tarde que es, pero ya no tengo fuerzas para llegar hasta la cama, así que, como puedo, coloco un cojín bajo mi espalda y no tardo en caer rendida en un profundo sueño.



Un rayo de sol entra por la ventana y me despierta. En cuanto abro los ojos soy consciente de que me duele todo. Por un momento creo que no seré capaz de levantarme, pero, después de probar varias posturas, encuentro la correcta y lo logro, aunque con mucho trabajo. Miro hacia la habitación y, al ver que todavía está la puerta cerrada, intuyo que Mario sigue durmiendo. Camino con mucho cuidado para no hacer ruido, ya que últimamente se altera con facilidad y no quiero despertarlo, y busco algo para desayunar. Nada llama mi atención, pero no puedo tomarme las pastillas con el estómago vacío, así que sigo buscando entre los muebles por si hubiera algo más apetecible. Al final encuentro un donut y prácticamente tengo que obligarme a comerlo.

Apenas puedo masticar. Abrir y cerrar la boca se ha convertido en una ardua tarea debido a la inflamación, y lo que hace apenas unas horas hubiera disfrutado, hoy se ha convertido en una

auténtica tortura. Bebo un poco de agua para ayudarme a tragar y aprovecho para tomar mis pastillas antes de ir hasta el baño a asearme. Todavía no he llegado cuando la puerta de nuestro cuarto se abre y Mario sale de él. Me mira durante unos segundos y, por acto reflejo, le devuelvo la mirada. Está casi desnudo, solo lleva unos calzoncillos negros. Se gira como si no me hubiera visto y, sin mediar palabra, avanza hasta la cocina. Ya ni siquiera me da los buenos días, aunque de buenos no tengan nada.

Le repaso con la mirada mientras se aleja. Es un hombre muy atractivo. Su pelo moreno con aire descuidado y sus ojos negros, ligeramente rasgados, me enamoraron el primer día que nos vimos. Siempre ha sido musculoso... pero en el último año ha cogido varios kilos, imagino que es debido a la cantidad de alcohol que ingiere de forma diaria y a que ya no practica ningún tipo de deporte.

—¡Hija de puta! —Salgo rápidamente de mis pensamientos. El corazón se me sube a la garganta y siento la sangre correr por mis venas—. ¡Te has comido mi donut!

«Mierda, no...», me digo a mí misma cuando oigo el ruido de sus pies descalzos caminar con furia hacia mí. Trato en vano de aligerar el paso todo lo que puedo para llegar al baño y poder cerrarme, pero no tarda en darme alcance, sujetándose por el brazo que tengo sano.

—Mario... Mario, escúchame, por favor. —De nada sirve, no tarda ni tres segundos en empotrarme contra la pared. El dolor es tan fuerte que creo que me voy a desmayar, pero, aun así, saco fuerza para intentar dialogar—. Mario, te lo suplico, escúchame. —Apenas puedo hablar porque no me entra el aire.

—Lo haces a propósito. Te has propuesto joderme la vida y desquiciarme —me grita—, pero pienso acabar contigo, ¿me oyes? ¡Voy a destruirte como tú estás intentando destruirme a mí! —Hace más presión contra mi cuerpo y la pared.

—Mario, por favor, jamás te haría algo así. Lo he visto en el armario y no pensé que fuera tuyo. Lleva ahí desde que lo compré la semana pasada; imaginé que no lo querías.

—Deja de jugar conmigo, Natalia. —Su mano agarra mi cuello—. Deja de reírte de mí o te juro que lo vas a lamentar. Puedo hacerte mucho daño. —Siento que me ahoga e intento soltarme con mi mano libre, pero no afloja—. Tú no sabes con quién estás jugando. —Sus ojos me dicen que no miente.

—De acuerdo, Mario —le digo, intentando que salga mi voz—. Lo siento, te prometo que ha sido un error. Suéltame y ya verás como no vuelve a pasar. He aprendido la lección. Soy una idiota.

Lentamente, noto que mis palabras han surgido algún efecto y deja de presionar mi tráquea. Sus ojos siguen mirándome con un odio que no entiendo, y aunque mantiene la respiración agitada, se aparta poco a poco de mí y vuelve caminando a la cocina. Me quedo apoyada en la pared mientras mis piernas regresan a la normalidad y dejan de temblar. No puedo evitar notar cómo mi corazón termina de romperse en mi interior. Debo hacer algo con urgencia.

Vuelvo a caminar hacia el baño y me quedo mirando la ducha. Valoro si podré hacerlo sola y me rindo. Sé que ahora es imposible, así que opto por dejarlo para más tarde. Cuando me dispongo a lavarme los dientes me quedo inmóvil ante el reflejo

de mi espejo. Tengo el mentón hinchado y de color violeta oscuro, hay marcas rojas en mi cuello, mi brazo en cabestrillo y estoy encorvada por el dolor. No puedo creer que le haya dejado reducirme a esto.

Mis ojos se llenan de lágrimas y, por primera vez, siento que he tocado fondo. Llora y llora sin parar, no puedo contenerme y me derrumbo por completo. Definitivamente, necesito ayuda. Por una vez, no me importan sus represalias, prefiero morir que tener que seguir viviendo así.

Cojo mi teléfono y en lo primero que pienso es en mandar un mensaje a Laura, pero recapacito y no lo hago. Necesito contarle a alguien que pueda seguir teniendo la cabeza fría después. Ella solo querría matarlo y la cosa empeoraría.

Salgo del aseo y me dirijo a por mis informes médicos, mientras él sigue en la cocina. Busco entre ellos, hasta que doy con la hoja de las asociaciones de mujeres maltratadas que dejó allí el Doctor Engel. La miro con detenimiento. Dudo. Intento pensar, pero me quedo en blanco y, por un momento, no sé qué contarles, porque no sé cómo van a actuar. «¿Y si esto lo empeora?», me digo. No sé por dónde empezar... Doblo la hoja y la guardo en el bolsillo de mi pantalón. Esperaré un poco, hasta tener las ideas claras.

El día transcurre sin más complicaciones, pero, como ya es habitual en mí, cada ruido me sobresalta de manera exagerada y siento el corazón debajo de la lengua continuamente. Este estado de alerta constante en el que vivo no debe ser nada bueno para mi presión arterial. Mario decide salir con su amigo, por lo que aprovecho para llamar al trabajo y comunicar mi *accidente*,

y anunciarles, además, que no podré ir durante las próximas semanas. Claudia me desea una pronta recuperación y, antes de colgar, me asegura que me echarán de menos.

A pesar de la crisis, la empresa de diseño gráfico y publicidad en la que trabajo funciona muy bien, y lo que menos falta hacía ahora era otra baja. Andrés está de vacaciones y Paula disfrutando de su maternidad.

Cuando dan las dos de la mañana, Mario todavía no ha llegado. Cansada de esperar, me dirijo a la cama y apenas tardo unos minutos en quedarme dormida. No sé cuánto tiempo ha pasado cuando oigo la llave de la puerta girar y varios golpes, seguidos de balbuceos. Me levanto lo más rápido que mis lesiones me lo permiten y voy hacia la entrada para encontrármelo a cuatro patas en el suelo; viene tan borracho que debe haberse caído. Levanta la cabeza y mi vello se eriza al ver el desprecio con el que me mira.

—Mira cómo estoy por tu culpa, Natalia. Me das tanto asco que tengo que beber para soportarte. —Siento cómo mi corazón se encoge, aun así, trago saliva y trato de convencerme de que no es él quien habla, sino el alcohol que corre por su torrente sanguíneo.

—Deja que te ayude, tienes que ir a la cama. —Me acerco y le ofrezco mi mano derecha. La acepta y de un fuerte tirón consigue derribarme. Mientras me encojo de dolor en el suelo él gatea por mi cuerpo, hasta quedar tumbado encima de mí y entre mis piernas

—Vamos, perra, dame lo que quiero. —Se mueve simulando el coito. Me aplasta las costillas y las náuseas vuelven. Ahora la que siente asco soy yo.

Busco en mi cabeza una idea para poder quitármelo de encima y creo que la encuentro.

—Vamos a la cama —le digo—. Allí estaremos más cómodos. —Me mira sonriendo y acepta mi petición. Se levanta tambaleándose y se dirige a la habitación mientras yo sigo tumbada, jadeando e intentando tranquilizarme.

—Voy enseguida —le digo desde mi posición. Recupero el aliento y, con trabajo, consigo ponerme en pie sin dejar de pensar en la manera de ganar más tiempo—. Dame un momento, Mario, voy al baño primero.

Paso más de quince minutos cerrada allí, con la espalda pegada a la puerta y el corazón golpeándome con fuerza en el pecho. Cuando creo que por fin se ha quedado dormido salgo de puntillas y descubro que ha funcionado. En ese momento respiro aliviada y, de nuevo, decido dormir en el sillón.

Capítulo 2

El jueves ha llegado y ya estoy lista para acudir a la consulta del Doctor Engel. No tengo ganas de arreglarme, así que un pantalón de chándal negro, unas zapatillas de deporte blancas y una camiseta de manga corta roja son mi atuendo. Ni siquiera me maquillo por no mirarme en el espejo, no soporto verme así. Tampoco puedo recogerme el cabello y no me queda más remedio que dejar suelta mi tupida y lisa melena castaña. Pronto necesitaré un buen corte, lo tengo demasiado largo para mi gusto.

Mario viene conmigo. Gracias a Dios no recuerda nada de lo sucedido anoche. Está algo malhumorado debido a su resaca, pero hasta ahora es soportable. Llegamos a la consulta a la hora acordada y entrego mi citación. Una enfermera muy amable me señala una sala donde hay varias personas más y me pide que espere, asegurando que en breve me llamarán. Tomo asiento y diez minutos más tarde escucho mi nombre.

—Natalia Montero. —Con esfuerzo, me pongo en pie, y al ver que Mario sigue sentado, deduzco que no entrará conmigo.

—Sí, soy yo —le digo a la enfermera.

—Sígueme, Natalia. En cuanto salga la persona que hay dentro pasas tú. Mientras espera aquí —me indica señalando una habitación.

Entro y me encuentro con una pequeña sala de espera pintada de blanco. Hay una ventana sin cortinas frente a la puerta y desde ella se ve otro gran edificio que no conozco. A mi derecha hay una mesa cargada de folios y ficheros, y en el centro un ordenador encendido que parpadea.

Mientras observo todo lo que me rodea oigo una voz que conozco. Siento calor en mis mejillas y una especie de protección se apodera de mí. Es la del Doctor Engel, y está despidiéndose de alguien. La puerta se abre y de ella sale una mujer preciosa, de unos treinta años. Rubia, alta, delgada... lo tiene todo. Lleva un vestido negro que se ajusta a todas sus curvas y unos zapatos de tacón rojos que realzan sus esculturales piernas. El doctor entonces sale tras ella y la acompaña hasta la puerta. Sé que no me han visto porque estoy en un rincón, pero yo sí veo cómo sonríen entre ellos. Se dan un beso muy familiar en la comisura de los labios y quedan para más tarde.

Debe de ser su pareja. Ahora el calor está en mi estómago, no puedo evitar sentir celos de ella. Ojalá yo también hubiera encontrado a alguien que me respetara como lo hace él. Por un momento pienso en cómo sería estar en su lugar, pero rápidamente desestimo la idea. Alguien como él jamás se fijaría en una persona tan patética como yo...

—Vaya, Natalia, no había visto que estabas aquí —me dice el doctor cuando se percata de mi presencia.

—Hola. —Sonrío con amabilidad. Estoy tan nerviosa y abrumada que la sonrisa no llega a mis ojos.

—Pasa. Vamos a ver cómo sigues. —Se aparta de la puerta para cederme el paso y entro en la consulta. Lo primero que llama mi atención es el aroma e inhalo profundamente. Huele a... a fresco y limpio, es una fragancia discreta y atractiva con fondo cítrico y un pequeño toque a madera. Estoy segura de que acaba de convertirse en mi perfume favorito.

Me fijo en el cuarto y me doy cuenta de que es muy parecido al anterior, solo que un poco más grande. La mesa es blanca y las sillas de color azul. Me ofrece la que más cerca está de mí y la señala haciendo un gesto con la cabeza para que me siente. Él se acomoda al otro lado y observa la dificultad con la que me siento yo.

Cuando sus ojos se posan en los míos, noto cómo mis mejillas se calientan al instante y mi respiración se acelera. Temo que me diga algo que no quiero escuchar. Desliza su mirada y repasa el contorno de mi mandíbula, sé que está valorando mi moretón. A continuación, se fija en mi boca y, lentamente, baja su mirada hasta mi cuello. Trago saliva, y durante unos segundos noto bombear la sangre allí donde sus ojos quedan fijos. Más calor se apodera de todo mi cuerpo y tengo que humedecerme los labios.

De pronto su expresión cambia. Frunce el ceño y un escalofrío recorre mi columna. Mis extremidades parecen estar entumecidas y mi boca todavía se seca más. Sé lo que ha descubierto. Una de mis manos, en un acto reflejo, trata de cubrir las nuevas marcas en mi garganta, pero ya es demasiado tarde. Ni siquiera las recordaba hasta ese mismo momento.

—¿Vas a decirme cómo te has hecho esto? —Veo fuego en sus ojos y su gesto serio me preocupa.

—Pues, veré... No... No sé..., creo que... creo que debo... Sí, eso es... debo haberme rascado, ¿sabes? A veces me pasa... y luego... me quedan estas marcas... —Mierda, estoy perdida.

—Más bien te *han* rascado —sisea y hace que me tense en la silla.

—No... No sé qué está queriendo decir, doctor... No... creo que te estás equivocando... —Intento suavizar las cosas, pero la seguridad en su mirada me lo pone realmente difícil.

—¿Cuánto tiempo vas a seguir escondiendo esto, Natalia? —Ya no hay dudas, lo sabe.

—Yo... —Mis ojos se empañan y no tardan en derramar lágrimas.

—¿Vas a esperar a que acabe con tu vida? —susurra y noto cómo me atraviesa con la mirada en señal de súplica.

Intento articular palabras, pero ya no tengo voz, lo único que puedo hacer es llorar y llorar como una niña pequeña.

Intento ponerme en pie para irme, pero él lo impide sujetándome del brazo. Se levanta, viene hasta mí y se inclina para estar a mi altura. Sin decir nada, pone su cabeza cerca de la mía y desliza su brazo por encima de mis hombros. Nos quedamos unos segundos así mientras sigo sollozando. Aunque estoy destrozada psicológicamente y soy toda lágrimas, no se me escapa la sensación tan agradable que siento teniéndolo cerca. Es, ante todo, tranquilizadora. ¿Cuánto tiempo hacía que alguien no me sostenía así cuando estoy mal?

—Natalia, quiero ayudarte. ¿Me dejas?

Millones de veces he necesitado escuchar esa frase. Su voz cerca de mi oído me transmite total sinceridad.

—Está pasando una mala racha —le digo, intentando disculparlo—. Y no se lo pongo nada fácil, soy muy torpe y se pone

nervioso. Sé que me quiere, doctor. Lo está pasando mal y tengo que ayudarlo, no puedo apartarme de él ahora.

—No puedes excusar su comportamiento. Si es cierto lo que dices debería de apoyarse en ti y no derribarte a puñetazos como está haciendo. —Su acento alemán hace que preste mucha más atención a sus palabras.

—Estoy segura de que eso va a cambiar en cuanto las cosas vayan por mejor camino.

—Natalia. —Agarra mi cara con sus manos y me obliga a mirarlo directamente a los ojos—, piensa por un momento... Piensa en tu mejor amiga, ¿cómo se llama?

—Laura —respondo sin dudar.

—Bien. Imagina que Laura, tu mejor amiga, te asegura que su novio la quiere, pero llega a casa con varias fracturas y golpes por todas partes...

—¡Sería horrible! —exclamo sin dejar que termine.

—Vale, espera, que no hemos acabado —dice con una media sonrisa—. Imagina que no ha sido un accidente, sino que alguien le ha pegado una paliza tremenda, y ese *alguien* es su pareja. La persona que debería amarla y respetarla, pero, sobre todo, cuidarla.

—No sé si podría soportarlo... —Las lágrimas vuelven a mis ojos.

—Ahora viene la mejor parte, Natalia. ¿Qué le dirías a Laura?

—Que se aparte de él, que pida ayuda. —Mientras digo esa frase miro fijamente a la pared y miles de pensamientos cruzan mi mente.

—Bien, aquí quería llegar yo —contesta de nuevo con una sonrisa triste—. ¿Y si Laura tratara de convencerte de que es cul-

pa suya porque es torpe... y su pareja está pasando una mala racha?

—¡No tiene derecho a tratarla así! —grito, y sé que me lo estoy diciendo a mí misma.

—Nadie tiene derecho a tratar a una persona de ese modo. Nadie, ¿me oyes? —Aprieta mis pómulos con sus manos y mi mirada vuelve a sus grandes y expresivos ojos azules.

—Nadie... —susurro casi para mis adentros.

—No puedes pasar una noche más con él, no puedes arriesgarte. Estar bajo el mismo techo con una persona así es como estar viviendo con tu asesino, Natalia. No sabes cuándo se le volverá a cruzar el cable. Puede ser hoy, mañana o dentro de unas semanas, pero, al final acabará contigo. —Mis ojos se abren sorprendidos, nunca lo había visto de esa forma—. Ya no te pido que me dejes, Natalia, directamente te prometo que voy a ayudarte. No voy a permitir que te ocurra nada, ¿de acuerdo?

Lo único que puedo hacer es asentir mientras algo en mi interior se remueve y noto que mi pecho se expande. ¿Es quizá esperanza lo que siento? Por primera vez, pienso que puede haber luz en el camino y que no estoy tan sola como creía. Sus sabias palabras han hecho que recapacite. Tiene razón. Nadie tiene derecho a hacer algo así. Vuelvo a la conversación.

—Él está ahí fuera —le digo en forma de susurro. Tengo tanto miedo que temo que Mario me oiga.

—Pues habrá que darle esquinazo como sea —contesta mientras frunce el ceño.

—¿Cómo lo hacemos? —Estoy tan nerviosa que no se me ocurre ninguna manera de salir de la sala sin que nos vea. Saltar

por la ventana es la única posibilidad y no creo que funcione, ya que estamos en un tercer piso.

Se golpea el labio con el dedo índice mientras piensa.

—Mi turno acaba contigo... eres mi última paciente —dice al tiempo que algo brilla en su mirada y arquea una ceja—. Él no lo sabe. Saldremos y diremos que vamos a hacerte unas radiografías.

—¿Y... a dónde voy? ¿Qué hago después? —pregunto con principios de ansiedad.

—Ya se nos ocurrirá algo por el camino, pero creo que tengo la respuesta. Lo primero ahora es salir de aquí sin él y que confíes en mí. —Cierro los ojos con fuerza y me dejo llevar por sus palabras. Lo voy a hacer; no tengo otra salida, pero, aun así, la incertidumbre y el miedo me matan.

—Estoy tan aterrada... ¿Y si no sale bien? —cuestiono mientras noto cómo mi barbilla tiembla. Recojo mis cosas con rapidez y me pongo en pie.

—Tranquila, no te ocurrirá nada. Te lo he prometido. —Y con esa última frase no deja que lo piense más. Me agarra del brazo y empieza a tirar de mí para sacarme de la habitación. En la antesala nos detenemos, me coge por los hombros y me mira fijamente—. Actúa con normalidad —me indica—. Sé que ahora mismo es difícil lo que te pido, pero tienes que tener claro que esto no es un juego de niños. Lo que está en juego es tu vida si sigues con él. ¿Preparada para salvarla? —Gotas de sudor bajan por mi espalda. No sé lo que estoy haciendo, pero confío ciegamente en él. No tengo nada que perder.

—Camina a mi lado y ve donde yo vaya. —Asiento, porque es lo único que puedo hacer.

Cuando me ve salir, Mario se acerca y en su mirada puedo ver que está cansado de esperar y que quiere volver a casa. Con el tono de su siguiente frase lo confirma.

—¿Has acabado ya? —Mi espalda se tensa y siento mis pulsaciones en cada centímetro de mi cuerpo. Si no me relajo pronto voy a marearme.

—No —se adelanta el Doctor Engel al ver que tardo en contestar—. La señorita Natalia necesita un par de placas radiográficas para ver si están consolidando correctamente sus fracturas. Quédese aquí un momento, por favor, no tardaremos.

Aire. Aire, necesito aire; estoy conteniendo el aliento y no recuerdo cómo se respira. Al notar el roce de sus dedos en mi codo reacciono de nuevo.

—Vamos, señorita Natalia, no hagamos esperar a los radiólogos. —Asiento y camino en silencio a su lado. El pasillo es interminable y empiezo a plantearme si es correcto lo que estoy haciendo, pues mi corazón ahora mismo parece una locomotora.

Unas puertas verdes se divisan al fondo y cuando nos acercamos puedo ver que hay un cartel enorme en el que pone *solo personal autorizado*. Pasamos a través de él sin ningún problema y por el camino una chica vestida de azul saluda al doctor.

—Buenas tardes, caballero —le dice con confianza—. ¿Cómo está Erika? —Se humedece los labios mientras espera la respuesta y entiendo que intenta coquetear con él.

—Muy bien, Beatriz. Hace unos minutos salió del edificio. Llegó esta mañana y va a pasar unos días en casa. Sabrá que has preguntado por ella. —Esboza una pequeña sonrisa y seguimos la marcha.

No sé quién es Erika, pero intuyo que es la chica de antes. Una extraña sensación de calor vuelve a mi estómago, y no me gusta nada. ¿Qué está pasando conmigo? Por unos segundos consigo olvidar de qué estoy huyendo, pero el olvido dura poco.

—Ya estamos llegando a la salida. —Pone su mano en mi espalda y aligera el paso. Es como si él también tuviera ganas de salir. No puedo evitar pensar que se está molestando demasiado y que le puedo buscar algún problema.

—Doctor Engel, no quisiera ponerle en un aprieto... Yo no quisiera que por mi culpa tuviera... —Mis remordimientos empiezan a jugar conmigo.

—Lláname César. Mi nombre es César Engel.

—¿César? —No imaginaba ese nombre. En mi cabeza esperaba algo más extranjero. Incluso creía que Engel era su nombre y resulta ser su apellido.

—Así es. —Sonríe, y, como si supiera el porqué de mi sorpresa, continúa—. Mi madre era española y mi padre, alemán.

—Ah... yo tenía un tío que vivía en Alemania. —Es lo único que sale de mi boca mientras mi mente procesa la información que acabo de recibir. Sus padres deben de haber muerto, al menos de su madre habla en pasado.

Pasamos la última puerta y el sol de julio nos da de lleno. Ambos ponemos nuestras manos a modo de visera sobre los ojos y seguimos caminando hacia lo que parece el *parking* privado del hospital. Aprieta un mando del que cuelgan unas llaves y las luces de un Audi Q7 negro parpadean. Le miro, una sonrisa traviesa se dibuja en su boca y entiendo que está orgulloso de su posesión. Me adelanta y abre la puerta del copiloto para que suba.

—Adelante, señorita. —Los asientos están tapizados con una bonita tela gris y el salpicadero es del mismo color; los reposabrazos de las puertas son de madera y toda la instrumentación es digital. Me siento con cuidado y pienso en el Renault Safrane dorado que comparto con Mario, no se parecen en nada. Cierra mi puerta y camina hasta la suya. Sus pasos son tan firmes que no puedo evitar seguirle con la mirada. Derrocha una gran seguridad en sí mismo. Definitivamente, las chicas deben de caer rendidas a sus pies. Se acomoda y cierra la puerta.

—Ponte el cinturón —me dice mientras abrocha el suyo. Introduce la llave en el contacto y, cuando la gira, sé que lo ha arrancado porque nos movemos, pero no hace ningún ruido.

—¿Dónde vamos? —pregunto tan asustada como perdida.

—Lejos de ese loco —contesta con seriedad—. Tenemos que ir a un lugar que no conozca.

—Todos los lugares a los que puedo ir los conoce... —respondo, agobiada.

—No te preocupes, contaba con ello —dice mientras acaricia mi hombro—. De momento voy a llevarte a un sitio para que puedas estar tranquila y pensar con claridad. Mañana a primera hora volveré a por ti e iremos a poner la denuncia. Además, adjuntarás en ella un parte de lesiones que te voy a rellenar. Deberíamos hacerlo ya, pero quiero que asimiles un poco todo esto antes, porque estás bastante alterada. Ya que no vas a correr ningún peligro hoy, podemos permitirnos unas cuantas horas más. —Saca su móvil y envía un mensaje a alguien.

—Vale —contesto con rapidez mientras busco mi móvil por el bolso. Acabo de darme cuenta de que está vibrando. Mis ojos se

abren y el miedo golpea sin piedad mi pecho al ver, en la pantalla, el nombre de Mario—. ¡Es él! ¡Dios mío, es él! ¿Qué hago? ¿Qué le digo? —Mis manos tiemblan y el estómago me da vueltas.

—Cálmate —me aconseja—. Hoy tendrás varias llamadas tuyas, créeme... pero, sobre todo, recuerda que ahora no puede hacerte daño. —Observo el teléfono hasta que deja de sonar.

—No sé si esto está bien... —susurro mientras miro fijamente las luces del salpicadero—. No sé qué estoy haciendo... Va a ser peor... mucho peor, creo que debería volver a casa. —Mi voz suena temblorosa.

—Ni se te ocurra volver a pensar eso. —Me analiza un par de segundos—. Esto que estás haciendo ahora mismo es quererte a ti misma y darte una oportunidad. Te la mereces. —Veo rabia en sus ojos. Mi móvil vuelve a vibrar y llama de nuevo nuestra atención.

—Mierda, mierda y mierda... No sé si voy a ser capaz de aguantar esto. —Pongo la mano en mi frente mientras niego con la cabeza.

—Mi madre siempre me decía que el ser humano es capaz de aguantar siete veces más de lo que cree, solo es cuestión de mantener la cabeza fría. Deberías avisar a la gente que quieres sobre lo que ha ocurrido para que sepan lo que hay. Seguramente los llame y, si no están prevenidos, se preocuparán. Después, apaga el teléfono. Matando al perro se acabó la rabia.

—De acuerdo... —Cuando voy a marcar el número de Laura el móvil vuelve a vibrar en mis manos. Esta vez es un mensaje; lo abro y leo:

¿A qué coño estás jugando? Coge el puto teléfono o me las pagarás.

Un escalofrío recorre mi espalda al tiempo que mis manos y barbilla tiemblan sin control. Alarga su brazo y me lo quita de las manos para leer lo que pone.

Vuelve a sonar, esta vez en su mano, y descuelga. Una ola de calor abrasador sube desde mis pies hasta mi cabeza y tengo que ponerme las manos en el pecho para evitar que el corazón se me salga.

—¿Dónde coño estás, desgraciada? ¿Cómo te atreves a dejarme aquí tirado? Tú no sabes con quién estás jugando todavía. ¡Hija de puta! — Puedo oírlo a través del auricular, está gritando como un loco.

—¿Cómo te atreves tú a ponerle la mano encima? —Imagino la cara de Mario al escuchar una voz de hombre recriminándole lo que ha hecho—. ¿Te crees muy hombre? ¿Te sientes poderoso por agredir a una mujer? —Oh, mierda. Mierda y más mierda... No me puedo creer que esté pasando esto—. Ella ya ha tomado la decisión de no volver contigo. Te aconsejo que a partir de ahora dejes de tocar los huevos o quien va a descubrir realmente con quién está jugando vas a ser tú. Y créeme, no va a gustarte... —advierte con rabia y tono autoritario.

Tú, tú, tú, tú, tú.

Mario debe de haber colgado. Aunque estoy muy asustada, por extraño que parezca, me siento aliviada de ver que alguien me defiende y se preocupa por mí.

—Bien. Creo que lo ha entendido. —Me entrega el móvil mientras sonrío y me guiña un ojo. Le devuelvo una sonrisa tímida. Segundos después caigo en la cuenta de algo importante.

—¡Sabrá que has sido tú quien ha respondido! ¡Tu acento es inconfundible! —La ansiedad vuelve a apoderarse de mí.

—No te preocupes por eso. Sé defenderme, Natalia.

—Pero ¡puede ir a tu consulta! Oh, Dios mío... te estoy buscando problemas.

—*Chis*. No vayas por ahí, que vas mal. No me estás buscando nada, en todo caso, lo estoy provocando yo. Créeme que nada me gustaría más que tener unas palabras con ese ser despreciable.

—Pero no sabes de lo que es capaz... No lo conoces.

—Ya ha demostrado que es un cobarde, y con eso me vale. Solo se atreve con mujeres porque sabe que no se la devuelven. Tranquila. —Pongo los ojos en blanco y no digo nada más. Parece estar muy convencido de lo que hace.

Paramos delante de un edificio de cuatro plantas. La fachada está revocada de monocapa, color mostaza, y revestida con ladrillo de era. Los zócalos son de pizarra amarilla y tiene un atrayente aire rústico. Las palabras *Hotel Hanna* resaltan en un enorme cartel en la zona más alta.

—Hemos llegado, señorita.

Observo todo a mi alrededor.

—Oh, vaya. Bien pensado. Desde luego no vendrá a buscarme aquí... —Sale del coche y abre mi puerta para ayudarme a bajar.

—Esa es la idea. —Una amplia sonrisa se dibuja en su cara.

Cuando entramos al edificio, un gran recibidor con paredes cubiertas de piedra y madera nos da la bienvenida.

—¡Buenas tardes, César! —Un hombre trajeado de unos cincuenta años sale a recibirnos. Acto seguido se abrazan, dándose varias palmaditas en la espalda.

—Hola, Manuel —le dice mientras se aprietan uno contra el otro—. Esta es Natalia, nuestra invitada.

Manuel y yo nos damos la mano y no puedo evitar ruborizarme.

—Encantada.

—Ya tenemos lista la habitación que nos pediste.

¿Ha dicho *que nos pediste*? Creo que ya sé a quién envió el mensaje antes.

—Perfecto, Manuel, siempre tan eficiente. —Le guiña un ojo y el hombre sonríe.

—Mandaré a alguien a recoger las pertenencias de la señorita mientras subimos a la habitación.

—Hasta mañana no estarán sus cosas aquí. —Lo miro con los ojos como platos, pero no digo nada, supongo que está esquivando las explicaciones y no quiero meter la pata—. Dame la llave y quédate aquí, yo acompañaré a Natalia a su habitación. —Mientras se la entrega vuelvo a mirarlo desconcertada por esa contestación tan autoritaria.

—Por supuesto, no seré yo quien lleve la contraria al jefe. —Sonríe y se gira hacia mí. Sabe que esas palabras me han dejado, si cabe, todavía más confundida—. Que descanse bien, señorita. Si necesita cualquier cosa César le explicará arriba cómo ponerse en contacto con nosotros. —Asiento para que vea que he comprendido, porque soy incapaz de hablar. Se despiden y caminamos hacia el ascensor.

Cuando entramos presiona la tecla del tercer piso y las puertas se cierran. Poco a poco noto el aire volverse más denso y varias gotas de sudor resbalan por mi espalda. Tiene su mirada clavada en mí, puedo verlo a través del rabillo del ojo, pero no me atrevo a girarme.

—Conoces bien este hotel... —le digo para romper el hielo.

—Sí, muy bien. —Le oigo reír y me giro para devolverle la sonrisa.

—Estás preciosa cuando sonríes, Natalia. No deberías dejar que nadie te arrebatase ese gesto. —Mi cara debe de ser un poema en ese instante, porque de pronto siento que se incomoda y ahora es él quien mira al frente.

El ascensor se abre y César sale primero. Le sigo hasta que llegamos a una gran puerta de madera que parece roble, con una preciosa flor de loto tallada en el centro. Introduce la llave que le ha dado Manuel y se abre sin problema. Lo primero en lo que me fijo es en la amplitud, es más grande que toda mi casa junta. En el centro de la habitación hay una cama enorme con un cabecero de forja y dos mesillas. Una a cada lado, de madera maciza, y, encima de estas, unas lámparas de noche con tulipas de tela que hacen juego con las cortinas. La pared tampoco se queda atrás, está pintada de tierras florentinas en tonos marrones que combinan a la perfección.

—Guau, ¡qué pasada! —exclamo, asombrada—. Es la habitación más bonita que he visto en mi vida...

—También es mi favorita —suelta como si tal cosa.

—¿Tu favorita? ¿Conoces todas las habitaciones de este hotel?

—Todas y cada una. —Me mira a los ojos para valorar mi reacción.

—Vaya... ¿traes siempre aquí a tus pacientes? —Entonces estalla en una sonora carcajada.

—Para nada. Te aseguro, Natalia, que es la primera vez que hago algo así. —Se sienta en la cama y apoya los codos

en las rodillas sin apartar su mirada de mí—. Normalmente, cuando me encuentro con un caso de maltrato suelo darles pautas a seguir, incluso la dirección y teléfonos de asociaciones y centros de acogida. Pero jamás he traído a nadie aquí por esa razón.

—¿Y por qué a mí sí? —La pregunta sale de mi boca antes de que me dé tiempo a procesarla.

—Buena pregunta... Supongo que se deben de haber alineado los planetas —se ríe—. Imagino que se han dado las condiciones propias y la casualidad lo ha querido así. Además, tu caso es urgente, y no iba a dejar que volvieras a casa con ese salvaje. Desde que me contó el cuento de las escaleras en el hospital no me ha dado buena espina.

—Pero no tenías por qué...

—Cierto, pero si después leo por ahí que te ha pasado algo cuando lo hubiera podido evitar, como ahora... No sé si me entiendes. No quiero remordimientos.

—Entiendo... No sé cómo voy a poder agradecerte todo esto que estás haciendo por mí...

—No dejando que ese personaje se acerque a ti de nuevo. Así habrá merecido la pena todo esto y me sentiré útil. Creo que es un trato justo.

—Así será, entonces. —Sonríe—. En cuanto a esta habitación... Es increíble, pero mañana tendré que buscar un hotel más asequible, o algo que se ajuste más a mi bolsillo. No creo que pueda permitirme este lugar más de dos noches seguidas.

—Puedes quedarte aquí todo el tiempo que necesites. Natalia, tu estancia corre de mi cuenta.

—¿Cómo? No, no, no. Me niego en rotundo a esto. Bastantes molestias te estás tomando sin necesidad como para que también acepte que te dejes un pastón por protegerme. No. Lo siento. Por ahí no paso.

—¿Quién dice que me estoy dejando un pastón? —Se echa a reír de nuevo.

—Oh... Vamos, doctor... ¿César? ¡Solo hay que ver esta habitación para saber que debe costar un ojo de la cara dormir en ella!

—No solo vas a dormir, señorita. Vas a desayunar, comer, merendar, cenar... y picotear a deshoras cada vez que te apetezca. —Observa de nuevo mi reacción.

—Pero ¿¡qué estás diciendo!? —De pronto, todo me parece una broma—. Ahora sé por qué no has traído aquí a más pacientes. ¡Te hubieras arruinado! —digo absurdamente y sin pensar.

—Quizás esa sea una de las razones —ríe a carcajadas mientras me mira y coge aire para poder continuar—. Pero la principal razón es que no suelo traerme el trabajo a casa...

—¿A casa? Perdona, pero creo que me he perdido en la conversación.

—Este edificio es mío, Natalia. Yo vivo en el piso de arriba, por lo que, teóricamente, aunque esta parte se habilitó como hotel, estás en mi casa. Eres mi invitada.

—Oh, vaya... ¡ahora ya sé por qué Manuel te llamó jefe!

—Sí, a veces tiene la lengua demasiado larga. Voy a tener que hablar con él en cuanto a eso. Y en cuanto a lo demás, creo que debería irme. —Se pone en pie—. Alguien está esperándome en casa y tú necesitas espacio para pensar y asimilar todo esto. No olvides llamar a tu familia para que sepan que estás bien.

Si necesitas cualquier cosa, llámame o sube; estoy en el cuarto piso. —Saca una tarjeta de su bolsillo y la pone debajo de una de las lámparas de noche antes de despedirse—. Que pases buen día. Mañana a las ocho estaré aquí para acompañarte a la comisaría y poner la denuncia. Pulsa el botón del teléfono en el que pone *recepción* para que te suban toda la comida que necesites. Hasta mañana, señorita.

—Hasta mañana y gracias de nuevo... —Camina hacia la puerta y la cierra tras de sí.

Durante unos segundos me quedo mirando por donde ha salido. «¿Quién es este hombre y por qué hace todo esto?». Tras darle varias vueltas, no encuentro respuesta y me rindo. Cojo mi teléfono y marco el número de Laura.

—¡Nataaaa!

—¡Hola, Lau! —Nos llamamos así desde pequeñas.

—*Llevo días sin saber de ti. ¿Por qué no has dado señales de vida? ¿Cómo estás?*

A Mario le molesta mucho que Laura me llame o salga con ella, por lo que, además de las llamadas, hemos tenido que reducir nuestros encuentros para que no se enfade.

—He estado bastante liada...

—*Claro, lo mismo de siempre. Nata... ¿Hasta cuándo vas a dejar que te manipule así?*

—Hasta hoy... —Aprieto mis labios—. Hace una hora que lo he dejado, literalmente hablando.

—*¿Cómo!?* —Tengo que apartarme el auricular de la oreja para que no me rompa el tímpano.

—Pues que se ha acabado, Lau. Ya no hay vuelta atrás, lo he dejado plantado en el hospital y me he largado por la puerta de atrás con el Doctor Engel.

—*A ver, a ver... Desde el principio, cariño, que me estoy empezando a poner nerviosa y no sé de qué coño estás hablando... ¿Por qué nombras a un doctor? ¿Qué te ha hecho ese hijo de puta?*

—El martes vino borracho a casa...

—*Como todos los putos días* —me interrumpe, muy cabreada.

—Sí, Lau, como todos los putos días... Resulta que traía tal pedal que no recordaba que se había bebido todas las cervezas de la nevera antes de irse... y las pagó conmigo.

—*¿A qué llamas pagarlas contigo? ¿Estás bien?*

—No... Bueno, sí... Me golpeó varias veces y estoy algo jodida. Tengo varias contusiones, el brazo torcido y un par de costillas rotas, pero, aun así, creo que me siento mejor que nunca con esta decisión.

—*¡Hijo de la gran puta! ¿Dónde estás? Voy ahora mismo a por ti.*

—No, no, tranquila. No te preocupes, Lau, estoy en un hotel. El Doctor Engel sabe lo que hace, créeme, tiene experiencia en casos así y ha sabido ponerme a salvo. Aquí no podrá hacerme daño.

—*Vale, pero cuéntame más de ese doctor y qué es lo que vas a hacer, porque habrá que plantarle una denuncia como una casa. ¿No crees?*

Se lo cuento todo con pelos y señales, y cuando creo que ya se ha quedado más tranquila nos despedimos y quedamos para el día siguiente.

Minutos después llamo a mi madre y le cuento que por ahora no podré ir a Toledo, que tengo mucho trabajo y estaré muy liada en las próximas semanas. Sé que no debería mentirle, pero

necesito ganar tiempo suficiente para poder sanar mis lesiones sin que se entere. Aunque estoy muy preocupada por cómo se va a tomar esto mi, ahora, exnovio. Me tumbo en la cama y me dejo llevar por una extraña sensación de paz. Soy *libre*. Con esa palabra en mi mente, y la ayuda de los benditos analgésicos, me duermo.

Capítulo 3

(César)

Erika me está hablando, pero no me estoy enterando de nada. Mi cabeza está en otro sitio. Bajo mis pies o, lo que es lo mismo, en el piso de abajo.

¿Pero qué me está pasando con esta chica? ¿Por qué me siento tan protector con ella? He visto cientos de casos de este tipo. ¿Por qué este me afecta tanto? La verdad es que Natalia es muy atractiva; sus ojos marrones son enormes y sus pestañas tan largas y espesas que parecen abanicos españoles. Y si ya hablamos de sus curvas perfectas... sus labios carnosos y su brillante pelo liso... Podría pasarme días solo mirándola, pero hay algo más. Sé que hay algo más que me hace actuar así con ella.

—¡César! —Me sobresalto y derramo varias gotas de vino en el sillón y mi pantalón—. ¿Va todo bien? Estás distraído.

—Sí, sí. Perdona, Erika. —Me limpio con rapidez con un pañuelo que siempre guardo en el bolsillo—. Tengo demasiadas cosas en la cabeza últimamente. —No es del todo mentira.

—Nos vemos muy poco, cielo. El tiempo que estamos juntos me gusta que me lo dediques, deberías apartar todas esas cosas hasta que me vuelva a ir. ¿No crees?

—Tienes razón, pero a veces es inevitable. Lo siento.

—No pasa nada, no te preocupes. —Se sienta a mi lado, pasa una de sus manos por mi espalda y me besa en el cuello, despacio—. Solo quiero estar estos días contigo y... sentirte dentro —me susurra en el oído y sus labios se desplazan marcando un camino de besos hasta la mandíbula—. Quiero llevarme un buen recuerdo tuyo cuando vuelva a Alemania.

Posa sus labios en los míos, entonces cierro los ojos y llega la sorpresa. Lo único que aparece en mi mente es la imagen de Natalia besándome. Aparto a Erika de golpe, como si me hubiera alcanzado una corriente eléctrica, y mi respiración se acelera.

—¿Me puedes explicar a qué coño viene esto?

—Perdona, no sé qué me ha podido pasar. Estoy tan sorprendido como tú... —miento.

—Pues cuando lo descubras búscame. Me voy a la cama, porque parece que hoy ya está todo dicho aquí. ¡Estás imposible! —Me deja solo, veo como entra a la habitación de invitados y cierra de un portazo.

Apoyo la cabeza en el respaldo del sillón, exhalo todo el aire de mis pulmones y dejo caer mis brazos relajados a ambos lados de mi cuerpo. Alzo la vista y clavo la mirada en el techo. Me quedo así durante varios minutos, tratando de averiguar qué me está pasando y autoconvenciéndome de por qué esto no me puede afectar, ni obsesionar, ya que no es nada que no haya visto antes. Cansado de darle vueltas y no conseguir nada, me levanto y, con esa idea, me voy a la cama. Mañana será otro día.

Capítulo 4

(Natalia)

Varios golpes en la puerta me despiertan. Abro los ojos sobresaltada y echo un vistazo a mi alrededor. Poco a poco recuerdo dónde estoy y miro el reloj de mi teléfono para descubrir que son las siete de la mañana. Aunque mis lesiones están mejor, aún me molestan, y me levanto como puedo. Me acerco a la puerta y, sin atreverme a abrirla, pregunto:

—¿Sí?

Me aterra que Mario haya podido descubrir dónde estoy.

—Natalia, no te asustes, soy Manuel. Te traigo unas cosas que me encargó ayer César para ti.

—¿Unas cosas para mí? —le pregunto al tiempo que abro, sorprendida. Trae sujetas varias bolsas en las que puedo apreciar los logos de Zara, Dolce & Gabbana y Converse. Extiende las bolsas para que las coja, y, sin saber muy bien cómo, acaban en mis manos.

—Que tengas un buen día, Natalia. —Se marcha.

—Eh... gracias... —No sé qué más puedo decir.

Dejo las bolsas sobre la cama y las miro como si tuviera miedo de abrirlas. Al final me decido por la de Zara y tiro de la tela

que hay dentro. Ante mí aparecen un par de vaqueros de pitillo desgastados, en color gris y de mi talla, que no están nada mal. Al ver que todavía hay más cosas, vuelvo a meter la mano y esta vez es una camiseta entallada de algodón y en color blanco lo que saco. Lo dejo todo cuidadosamente estirado sobre la cama y me quedo mirando sin saber muy bien qué debo pensar sobre esto, pero recuerdo que aún me quedan dos más por abrir y continúo. En la caja hay unas zapatillas Converse bajas de color negro y de mi número, y en la bolsa de Dolce & Gabbana, que es más pequeña y pesa menos, algo que me deja sin palabras. Un sujetador y unas braguitas sin costuras blancas...

Esto es increíble, ha pensado en todo. Varias preguntas me asaltan. «¿Cómo ha podido saber cuál es mi talla con exactitud? ¿Habrá ido él a elegirlo personalmente? ¿Cómo voy a mirarlo ahora sabiendo que me ha comprado, incluso, ropa interior?». No me da tiempo a pensar nada más cuando vuelven a llamar.

—¿Hola? ¿Quién es?

Me acerco a la puerta para oír la contestación.

—Soy César. —Oh, mierda. No sé dónde meterme, pero abro despacio.

—Em... hola... —le digo tras la rendija.

—Hola, Natalia. Vengo a comprobar que todo lo que pedí te ha llegado correctamente.

—Oh... sí, no deberías...

—Lo sé, pero sé que no tienes nada para cambiarte y hoy tenemos que salir, ¿recuerdas?

—Em... sí... —Soy incapaz de articular más palabras. Mira hacia la cama y después a mí.

—Bien, te dejo para que te prepares. A las ocho en punto estaré aquí de nuevo para recogerte. —Sale de la habitación y cierra.

Durante un momento miro a la puerta, pero la alarma de mi móvil suena y salgo de mis pensamientos. Lo apago y busco una toalla en el armario, me meto en la ducha y, cuando termino de arreglarme, me observo en el espejo y todo me queda como un guante.

A las ocho en punto ya está esperándome al otro lado.

—¿Lista? —Me mira de arriba abajo—. Ya veo que sí. Estás muy guapa, Natalia.

—Gracias, tú también lo estás —respondo mientras mis mejillas se sonrojan. Por primera vez, lo veo con ropa de calle. Viste unos vaqueros claros ajustados, desgastados y rotos en la rodilla, junto a una camiseta blanca y unas Nike negras. Casi vamos vestidos igual.

Como habíamos acordado, nos dirigimos a la comisaría y, antes de entrar, me entrega el parte de lesiones del que me habló. Poner la denuncia me cuesta más de lo que pensaba, ya que tengo que narrar los hechos desde el principio, y no puedo evitar derramar varias lágrimas. Por momentos creo que no podré seguir, pero la mano cálida de César en mi brazo cada vez que me derrumbo me da la fuerza que necesito. Un forense valora mis heridas y, tras pasar varias horas allí, por fin damos todo por concluido y firmo la declaración al tiempo que dejo salir un fuerte suspiro... No hubiera podido hacer nada de esto sola. Nos despedimos del policía, que nos ha atendido con amabilidad, y salimos juntos del edificio.

—¿Estás bien? —me pregunta mirándome fijamente a los ojos.

—Pues la verdad es que creí que sería más fácil —admito con la cabeza gacha—. Pero, sí, realmente podría decir que estoy bien.

—Sé que es muy difícil, Natalia, pero es un paso más hacia tu libertad. Estás siendo muy valiente. Ojalá todas las mujeres que están sufriendo esto fueran capaces de hacer lo que tú has hecho. Eres más fuerte de lo que crees, señorita.

—Tus palabras me reconfortan, César —contesto con la mirada aún en el suelo—. Pero no son del todo ciertas, porque sin tu ayuda no hubiera sido capaz. Prácticamente has tenido que obligarme, y no sabes cuánto te lo agradezco. Te debo una.

—Pues, como me debes una, invítame a tomar algo en ese bar de ahí. —Me guiña un ojo mientras señala una pequeña cervecería en la esquina.

—Me vas a salir barato, entonces —bromeo.

—Dices eso porque no sabes cuánto puedo llegar a beber, señorita. Soy alemán, ¿recuerdas?

Los dos nos reímos.

—Oh, no te atreverás. No te imagino borracho atendiendo a tus pacientes —continúo con una sonrisa en los labios.

—Para tu información, hoy no paso consulta. Me pedí hace semanas el día libre y...

—¿Y lo estás malgastando conmigo? —No le dejo terminar la frase.

—Tomar algo con una bella mujer no es malgastar un día libre, ¿no crees? —Levanta las cejas repetidas veces mientras ve cómo me sonrojo. Cada vez me cuesta más esconder las sensaciones que desde ayer este hombre me despierta. ¿Por qué Mario no

puede ser así? Al poner su mano en mi cintura, me tenso, y, por su mirada, estoy segura de que lo ha notado.

—Vamos —dice mientras cruzamos la calle y entramos en la cervecería.

Es tan pequeña por dentro como por fuera. Nos acercamos a la barra y el camarero saluda a César. Cuando nos pregunta por lo que vamos a tomar, respondemos al mismo tiempo pidiendo lo mismo y reímos a carcajadas por la coincidencia. El camarero no tarda en servirnos y tomamos nuestros botellines junto al pincho de chorizo que nos ha puesto, entonces elegimos una mesa que hay en uno de los rincones para sentarnos.

—Tu deberías beber sin alcohol —me aconseja—. Por una no pasará nada, pero ten cuidado.

—Hoy no tomé nada y aguanto bien el dolor... ¿Conocías este sitio? —Cambio de tema mientras le doy el primer sorbo a mi cerveza. Es tan amarga y refrescante que tengo que cerrar los ojos para saborearla mejor. Cuando los abro me está mirando fijamente; al verse descubierto, carraspea.

—Sí... He venido varias veces. Hace tiempo tenía una consulta privada dos calles más abajo y este era mi lugar favorito. Ponen buenos aperitivos. —Señala el plato.

—Ya veo. —Pincho uno de los choricillos y lo introduzco en mi boca. Su sabor es exquisito y, como además tengo hambre, me sabe a gloria—. Si no te das prisa no te dejaré ninguno —le advierto antes de comer otro.

—Y es lo que harás. —Me apunta con el índice en señal de desaprobación—. Me ha dicho un pajarito que no pediste anoche nada para cenar ni esta mañana para el desayuno.

—Es cierto, tu palomo mensajero no te ha mentido. Anoche caí rendida en la cama y esta mañana, con los nervios, no me entraba nada.

—Vamos a solucionar eso. —Coge la carta de tapas y me la entrega—. Elije lo que quieras.

La miro por encima y vuelvo a dirigir la vista hacia él.

—Tengo tanta hambre que no sé qué pedir. Me las comería todas —le digo en broma.

—Eso es fácil. —Me quita el cartón de las manos y lo levanta—. ¡Juanjo, ponnos todas las que hay aquí! —le pide al camarero y abro tanto los ojos que temo que los globos oculares se me caigan al suelo.

—¡¡Oído cocina!! —exclama este entre risas y desaparece detrás de una puerta.

—¿¡Quéééé!/? —Sus carcajadas al ver mi rostro desencajado resuenan por todo el bar.

—Está bien. Ahora que has descubierto que puedo ser muy literal, decídetе mientras vuelvo. —Me guiña un ojo, se levanta y va hasta la barra. Segundos más tarde regresa, esta vez con dos jarras enormes de cerveza—. Pruébala, es la mejor rubia alemana de importación que encontrarás por la zona. Solo la traen aquí. —La pone con cuidado a mi lado y tomo un sorbo. Es dulce al principio, con toques afrutados y un agradable amargor que se funde en el paladar.

—Es cierto, está buenísima —admito mientras paso la lengua por mis labios para eliminar la espesa espuma. Me doy cuenta de que está mirando cómo lo hago y sonrío. Parpadea rápidamente, levanta la mirada a mis ojos y me pregunta—: ¿Qué vas a comer?

Al final me decido por unos sándwiches vegetales y él por una ración de calamares. Mientras comemos, charlamos sobre nuestras vidas. Se interesa por mi familia y le cuento que tengo dos hermanos gemelos, mayores que yo, y que viven en el mismo pueblo que mis padres. Ambos trabajan en la empresa familiar y se sorprende al oírme decir que se dedican a la venta y restauración de vehículos de competición.

Cuando le pregunto por su familia veo cómo aprieta la mandíbula, pero, antes de que pueda decir nada, nos interrumpe el sonido de un mensaje en mi móvil. Me mira con rapidez buscando en mi expresión saber si es Mario, pero se calma cuando le digo que es de Laura.

—Mi amiga dice que sobre las ocho de la tarde vendrá a visitarme. Si no te importa, claro.

—Estás en tu casa, Natalia, pero recuerda que solo gente de máxima confianza puede saber dónde estás ahora. —Asiento y contesto a Laura para confirmar.

Durante más de tres horas seguimos charlando, riendo y bebiendo la rica cerveza de importación. Cuando decidimos que es momento de irnos me pongo en pie y apenas consigo mantener el equilibrio, la cabeza me da vueltas y mis piernas están tan flojas que me da un absurdo ataque de risa. Intenta ayudarme, pero él está casi tan perjudicado por el alcohol como yo.

—Cómo sube esta mierda. Cuando te quieres dar cuenta ya te ha pegado el pelotazo —dice. Nos sentamos de nuevo riendo y bromeamos sobre la situación durante unos minutos más.

Cuando nos calmamos hace una llamada rápida a un tal Álex y en quince minutos tenemos a un precioso Audi A6 gris espe-

rándonos en la puerta. Me agarra por la cintura y el brazo y me ayuda a bajar los tres escalones del bar.

—No queremos que te des más golpes. ¿Verdad?

—No lo permitas, ya parezco una berenjena. —Una carcajada sale de su boca.

—Vaya, parece que tienes sentido del humor, señorita —le oigo decir.

—Lo único que no tengo ahora mismo es equilibrio —le contesto y vuelve a reír.

Llegamos al Audi y abre la puerta trasera, entonces nos acomodamos y le pide al conductor que nos lleve al hotel. Por el camino vamos canturreando todas las canciones que ponen en la radio.

—Sube más la música, Álex —le grita, eufórico, al conductor cuando suena *Du Hast* de Rammstein. Simula que toca la batería mientras canta en perfecto alemán y no sé si será por el alcohol, pero noto cientos de cosquilleos revolotear en mi estómago y una sensación de entusiasmo como hacía años que no sentía. Me animo y se sorprende al ver que también la conozco y la canto con él. Me fijo en el retrovisor y Álex está mirándonos con expresión de sorpresa y una sonrisa dibujada en la boca.

Cuando la canción acaba estamos sofocados, sudorosos y muertos de risa. Hacía años que no disfrutaba así; a Mario parecía ofenderle verme feliz. Justo en ese momento, el coche se detiene y veo a través de la ventanilla que acabamos de llegar.

—Qué pena, con lo bien que lo estaba pasando... —Hago un mohín y al cerrar los ojos todo me da vueltas.

—Ya habrá tiempo de repetir —le oigo decir.

Se levanta y sale del coche, viene hacia mi puerta y me ayuda a salir. Al ponerme de pie compruebo que mi equilibrio está aún peor y tiene que sujetarme para que no me caiga. Pone de nuevo su mano en mi cintura y esta vez apoyo mi cabeza en su hombro para dejarme llevar. El alcohol hace que no me importe tenerlo cerca. Me gusta su olor y el calor que desprende. Aunque me encuentro fatal, no quiero llegar a mi habitación, no quiero que se acabe.

Caminamos así hasta el ascensor, entramos y para cuando las puertas se cierran he perdido todo tipo de vergüenza. Me agarro fuerte a él con mi brazo sano, preparándome para la impresión de la subida; y cuando apoyo más mi cabeza en su hombro, su respiración se acelera.

No sé cómo ocurre, pero de pronto siento un pequeño empujón y acabo pegada a uno de los laterales. Sus manos están en mis hombros, sujetándome con fuerza, y nuestros pechos apretados uno contra otro. Puedo sentir los latidos de su corazón y levanto la mirada esperando que me explique qué pasa. Lejos de hacerlo, pega su frente a la mía y, aunque nuestros labios se rozan, no me aparto. Me gusta. Suaves, húmedos... calientes. Su respiración cálida se filtra a través de mi boca, pero no siento que me bese. Solo respira agitado y se queda así durante unos segundos. Cierra los ojos con fuerza, traga saliva y, lentamente, se aparta de mí mientras la puerta se abre.

—Vamos, Natalia... —Parece muy nervioso. Sale antes que yo del ascensor y al ver que no me muevo me tiende la mano para ayudarme—. Vamos, necesitas despejarte un poco. En unas

horas estará aquí Laura y no querrás que te vea así. —Me agarra por el brazo y caminamos deprisa hasta mi habitación.

Le cuesta varios intentos conseguir que la llave entre en la cerradura, pero tras maldecir en alto lo consigue y me guía hasta el interior.

—Voy a quedarme un rato más contigo, hasta que te serenes un poco. No creo que estés en condiciones de quedarte sola hasta que llegue tu amiga.

—¡Oh! No *teh procupesss* —le digo casi sin poder vocalizar—. Solo *tenoh* que *tubarme* en esta cómoda cama y *drormir* la mona un rato.

Me dejo caer con todo el peso sobre el colchón, pero calculo mal la distancia y caigo como un higo maduro contra el suelo.

—¡Mierda, Natalia! —exclama mientras corre a auxiliarme. Me sujeta con fuerza por los hombros y clava sus pupilas en mis ojos con gesto de preocupación—. ¿Estás bien? ¿Te has hecho daño?

—No *teh procupesss* —le digo con calma—, con la anestesia que llevo *incima* no siento ni los párpados. Mañana te pediré *calamaresss... calmantares...* digo, calmantes...

Los dos estallamos en risas mientras me pone en pie y la tensión de antes desaparece.

—Bien, creo que esta es razón suficiente para reafirmarme en lo que he dicho antes. Me quedo hasta que llegue Laura.

Con cuidado, me ayuda a tumbarme en la cama y coloca una de sus manos en mi tobillo para quitarme los zapatos, pero lo hace tan despacio que casi juraría que está disfrutando. Su tacto caliente en mi piel provoca en mí un calor desconocido que me

recorre el cuerpo y, de nuevo, todo comienza a darme vueltas. Como si notara que algo no va bien, se gira hacia mí.

—Estás bastante pálida... —No termina la frase, pues me levanto como si estuviera poseída por el diablo y corro tambaleándome hasta el baño.

Me arrodillo como puedo y el vómito se apodera de mí. Al momento, unas fuertes manos sujetan mi pelo hasta que vacío todo el contenido de mi estómago y me avergüenzo por lo que acaba de pasar.

—Mierda, no bebo más. Nunca más —juro, convencida.

Se ríe a carcajadas, se arrodilla conmigo y me acurruca a su lado.

—Quedémonos aquí hasta que se vayan las náuseas. Hemos tenido suerte esta vez, si tardas un segundo más, no llegas —me dice con ternura y yo en lo único que puedo pensar es en que tengo sus pectorales en mi cara, su latido en mi oído y sus brazos a mi alrededor.

Cierro los ojos y disfruto el momento. Estoy en el cielo. ¿Por qué me tuvo que tocar todo lo malo a mí?

Capítulo 5

Tres golpes secos me despiertan. Abro los ojos sobresaltada y descubro que estoy acostada en la cama, arropada por una suave colcha blanca. «¿Cómo diablos he llegado hasta aquí?». Los golpes vuelven a sonar y un terrible dolor de cabeza me da la bienvenida al mundo de los vivos. Mientras masajeo mis sienes, intentando aliviarlo, otra tanda de impactos golpea contra la madera, pero esta vez más fuerte. Me levanto con torpeza y voy hacia allí.

—¿Sí? —pregunto, desorientada.

—¡Abre, coño, que es para hoy! —Esas expresiones solo pueden ser de Laura.

Tiro de la puerta todo lo rápido que mi brazo me deja y, con una gran sonrisa dibujada en mi rostro, la recibo, pero cuando nuestras miradas se encuentran se queda paralizada.

—¡Santo Dios! ¡Santísimo Cristo! ¡Maldito hijo de puta! —grita de pronto, asustándose. Sus ojos se llenan de rabia al tiempo que con las manos tapa su boca y varias lágrimas ruedan por sus mejillas.

Mi sonrisa se desvanece en ese momento y no tiene que decirme nada más porque entiendo lo que ocurre. Es la primera vez que me ve desde la última agresión.

—Tranquila, ya ha terminado todo —le digo intentando calmarla. La envuelvo con mi brazo bueno y beso repetidas veces su sien mientras solloza en mi hombro.

—Pero ¿qué te ha hecho? ¿Por qué has esperado tanto? —Se aparta de mí, levanta mi cara con sus manos y clava su mirada en mis ojos—. ¡Mírate! Maldita sea, casi te mata... —Tiene toda la razón del mundo. Ni yo misma entiendo por qué he aguantado tanto. ¿En qué coño estaba pensando para dejarle llegar a esto?

—Lo sé, lo sé... —Le doy la razón, porque no puedo quitársela. Realmente la tiene.

—¿Por qué no me llamaste cuando pasó? ¿Por qué he tenido que enterarme días después? ¿No somos amigas? —Llora desconsolada de nuevo. Vuelvo a abrazarla y nos quedamos así un par de minutos más.

—No he podido hacer otra cosa... —Acaricio su suave melena rubia y lisa mientras trato de convencerla de que lo peor ya ha pasado, y de que no voy a dejar que se vuelva a acercar a mí—. Ahora tienes que echarme una mano. Necesito una nueva vida, y solo tú puedes ayudarme. —La hago partícipe de la situación y parece que surte efecto.

—¡Sí! —responde con energía—. Tenemos que buscar piso. —Se seca las lágrimas con rapidez—, cambiar la dirección postal de todos los documentos, ir de compras, cambiar de trabajo, de teléfono, comprar otro coche...

—¡Para! —Pongo mi mano sobre su boca para detenerla. Demasiada información que ni siquiera se me había pasado por la cabeza aún y no estoy en condiciones de pensar—. Ya habrá tiempo de hacer todo eso. Ya sé que no me puedo de-

morar, pero todavía estoy tratando de habituarme a esta nueva situación.

—Perdona, Nata, me he venido arriba y... ya sabes... Además, tienes muchas cositas que contarme, ¿no? —Sonríe y me guiña un ojo—. ¿Quién es ese atento y guapo doctor? —Me sonrojo. Ella lo nota y arquea una ceja.

—Se llama César. —Y, como si me hubieran dado cuerda, se lo cuento todo del tirón.

Laura me presta total atención; está tan atenta a todo lo que digo que apenas parpadea. A veces me pierdo hablando, sobre todo cuando esboza alguna sonrisa, porque sé que algo está pensando y no tardaré en descubrirlo. Cada vez que nombro a César, inconscientemente, lo visualizo en mi mente y me gusta lo que veo. Mientras narro toda la historia me voy dando cuenta de lo increíble que es este hombre y como en mi estado de *shock* no he sido capaz de valorar realmente todo lo que está haciendo por mí.

—¿Te gusta el doctor! —Aquí está lo que esperaba...

—Laura, no seas ridícula, por favor. —Me sonrojo hasta querer que la tierra me trague—. ¡Hace apenas dos días que nos conocemos!

—Oh, ¡Dios Santo, Nata! —ríe, histérica—. ¡Te estás enamorando!

—No digas idioteces...

Mi última frase no consigue el efecto deseado y Laura se sigue riendo de manera escandalosa. Sé que siento algo cuando estoy con él, mi cuerpo me lo indica cada vez que está cerca, pero no lo podría catalogar como *enamoramiento*. Es imposible. No puedo enamorarme. No quiero hacerlo, me niego. Es solo necesidad,

necesidad de sentir que alguien se preocupa por mí. César nunca se fijaría en alguien como yo y yo tampoco estoy dispuesta a permitir que otra persona me rompa el corazón.

—Vamos, no niegues que sientes algo por él, se te ilumina la mirada cada vez que lo nombras. Nos conocemos, reina.

—Laura... evidentemente, es guapísimo... —Me mira con una sonrisa de oreja a oreja y asiente—. No se puede negar lo obvio... Pero de ahí a que me esté enamorando... Te está patinando un poco la neurona, chata.

—Ya, ya... lo que tú digas. Nos conocemos desde hace años, ¿verdad? Y, créeme, jamás había visto esa mirada en ti. Te brillan los ojitos de una manera especial, y eso solo puede ser por una cosa.

—Sí, que hace un rato me puse hasta arriba de cerveza de importación. —Ambas reímos.



Las horas pasan volando con Laura. Cuando nos queremos dar cuenta, es tarde y tiene que marcharse. Se levanta temprano y aún tiene que conducir durante una hora para llegar a su casa. Nos despedimos con un largo abrazo y varios besos de abuela, al final me quedo sola. Pienso durante unos momentos qué hacer y el sonido de mi estómago me da la idea. Presiono el botón de recepción que me indicó César y ordeno algo para la cena, así, de paso, evito que el palomo mensajero se chive de nuevo.

—Un vaso de cacao con galletas, por favor.

No hay nada mejor que un buen tazón chocolatero cuando arrastras resaca.

Mientras espero a que Manuel suba, saco mi móvil del bolso y, como era de esperar, tengo varios mensajes y llamadas perdidas de Mario. Me cuestiono si abrirlos o borrarlos sin leer, pero, por desgracia, aún tiene tanto dominio sobre mí que, aunque no esté delante, obro como si estuviera obligada a hacer lo que él quiere.

Leo el primero:

Natalia. Vuelve a casa, por favor. No entiendo nada. ¿Qué he hecho? Lo podemos arreglar, lo sabes. Yo te quiero. No he dormido nada sin ti.

Mi corazón late con fuerza y no puedo evitar cerrar los ojos. Me muerdo el labio al pensar en la locura que estoy cometiendo. No me gusta verlo así, saber que está mal por mi culpa. Mis manos tiemblan mientras busco el siguiente mensaje:

Natalia, por favor. Soy incapaz de comer y no duermo nada. Estoy preocupado por ti. ¿Dónde estás? Vuelve, por favor. Sin ti me muero. Respóndeme. Te quiero, Nat, de verdad. Vuelve conmigo. Por favor.

Siento como mi garganta se estrecha y tengo que abrir la boca para inspirar con fuerza. Mi mente no deja de repetir que estoy cometiendo el mayor error de mi vida y que Mario tiene razón. Soy una tonta, ¿cómo puedo hacerle esto? Mi corazón se encoge al leer el tercero, el cuarto, el quinto... todos son una retahíla de *Natalia regresa*. ¿Dónde estás? Hasta que el sexto mensaje me rompe por completo:

Si no regresas me corto las venas, Natalia. Te lo juro. Me estoy volviendo loco. ¿Por qué me haces esto? No puedes tenerme así. Natalia...

Mi alrededor da vueltas y tengo que hacer un gran esfuerzo para que el móvil no se me escape de las manos. Estoy a punto de llamarlo y decirle dónde estoy cuando mis ojos se fijan en el siguiente y siento un escalofrío:

O VUELVES A CASA O ATENTE A LAS CONSECUENCIAS.

Un nudo se forma en mi estómago, uniéndose a los síntomas anteriores, y no puedo dejar de pensar en lo cabreado que debe de estar... Me siento fatal. No puedo con esto.

TIENES HASTA MAÑANA O LO PAGARÁS CARO.

Sus amenazas siguen afectándome de la misma manera. No soy capaz de hacerme a la idea de que estoy lejos de él y que, según Engel, estoy haciendo lo correcto. No puedo porque mi mente no deja de susurrarme que está mal por mi culpa y que va a cambiar. El nerviosismo recorre todo mi cuerpo, poniéndome en alerta. Es extraño, pero tengo la necesidad de salir corriendo hasta allí con él, aun sabiendo lo que va a pasar.

Hay otro mensaje más. No puedo evitar leerlo, aun sabiendo que estoy a punto de explotar:

COMO NO V...

Debe de estar tan histérico y cabreado que seguramente dio a las teclas que no son y lo ha enviado por error. En el último termina y rectifica la frase anterior:

COMO NO VUELVAS TE JURO QUE LA LÍO, NO DIGAS LUEGO QUE NO TE HE AVISADO.

Un horrible calor sube hasta mi cara y mis manos comienzan a sudar. Creo que estoy sufriendo de nuevo una crisis de pánico. Me falta el aire, me duele el pecho y el desagradable ahogo no hace más que aumentar. Pongo las manos sobre mi corazón para intentar calmarme cuando...

¡Toc, Toc, Toc!

Alguien golpea la puerta y lo único que hago por el estado en el que me encuentro es gritar y correr hasta un rincón. Afuera se oye un estruendo, como cristales rotos, y me asusto todavía más.

—¡Natalia! —Una voz familiar grita mi nombre, pero no puedo contestar, estoy bloqueada por los nervios—. ¡Natalia, ábreme! —repite, pero yo sigo sin poder moverme.

Unos golpes, mucho más fuertes que los anteriores, retumban por toda la habitación y hasta la pared que tengo a la espalda vibra. Al cuarto golpe la puerta estalla. Cae desencajada hacia un lado y puedo ver la silueta de César entrar en la habitación. Parece bastante alterado, tiene la mandíbula desencajada y respira tan fuerte que puedo oírle. Su pecho sube y baja con rapidez y sus puños están blancos por lo fuerte que debe estar cerrando sus manos.

—¿Estás bien? —pregunta en alto mientras corre hacia mí y solo puedo asentir con la cabeza porque soy incapaz de hablar—.

¿De verdad estás bien? ¿Por qué has gritado? ¿Alguien te ha herido? —Me inspecciona con la mirada buscando alguna pista.

Niego tratando de llenar mis pulmones y poco a poco voy recuperando el control, hasta que consigo decir algo entre jadeos.

—Una crisis... Una crisis de ansiedad... Un susto...

Me observa durante una milésima más y empieza a entender mi estado.

—Venga, tranquila. Sigue respirando, que en nada lo tienes controlado. —Pasa una de sus manos por mi nuca y con su pulgar acaricia mi pelo. Ese simple contacto hace que todas mis terminaciones nerviosas, que hasta ahora eran un amasijo de hierros, empiecen a reorganizarse de nuevo.

Coloca su otra mano sobre mi mejilla y el calor que desprende su palma despierta algo dentro de mí. No sé qué es, pero tengo la necesidad de apoyar mi rostro contra ella, y así lo hago. Muevo suavemente mi cabeza, buscando el roce de sus dedos, y ambos nos miramos a los ojos sin decir nada. Humedece sus labios despacio con la lengua y su carnosa boca parece estar cada vez más cerca de la mía. Cuando su aliento mentolado toca mi sentido del olfato, oímos a alguien hablar.

—Pero ¿esto qué es? —Los dos nos volvemos con rapidez para descubrir que es Manuel—. ¿Qué es este destrozo? —Pone las manos sobre su cabeza y camina de un lado a otro—. ¡Hay que llamar a la policía!

Entonces saca su teléfono del bolsillo.

—Quieto, Manuel —le dice César mientras se aparta de mí—. He sido yo. Las clases de *kick-boxing* están dando resultado. —Veo cómo le guiña un ojo.

Manuel le mira atónito. No entiende nada, pero sabe que tampoco debe preguntar. Es muy discreto cuando quiere y entre los dos se percibe complicidad. Se acerca a César y le responde con tranquilidad:

—Está bien. Luego hablamos, ahora voy a encargarme de todo esto. —Y, sin más, se marcha.

Nos quedamos solos y un silencio incómodo se instala entre nosotros. Ninguno de los dos se atreve a mirar al otro. ¿Qué es lo que ha estado a punto de pasar?

—Coge tus cosas. Creo que hoy tendrás que dormir en otra habitación —me dice mientras rasca su cabeza, pensativo.

—Eso parece. —Sin más, reacciono y comienzo a recoger la poca ropa que tengo.

Desenchufo el cargador del móvil y lo guardo en mi bolso. Recojo el teléfono de la cama y me doy cuenta de que aún tiene el último mensaje de Mario abierto. Me quedo mirando la pantalla, después a César y otra vez a la pantalla. «¿Debería decírselo?», me pregunto. Y, como si supiera en qué estoy pensando, se acerca hasta mí.

—¿Todo bien, Natalia? ¿Qué es lo que ha desencadenado ese ataque de pánico en el que estabas atrapada cuando he llegado? —Sin pensarlo más, le muestro el mensaje—. Hay tres más así.

Me quita el teléfono de la mano y comienza a examinarlos uno a uno. A medida que lee, sus cejas se fruncen, su mandíbula se tensa y algo me dice que está bastante cabreado, pero, sin decir una sola palabra al respecto, me lo devuelve.

—Ven conmigo, vamos a buscarte otro lugar para pasar la noche. —Me quita el bolso y las ropas de la mano—. Mañana

podrás regresar de nuevo. Imagino que ya habrán reparado la puerta.

Al salir de la habitación descubro lo que oí que se había roto y mientras camino, casi de puntillas para no pisar los cristales, él me da una explicación.

—Fui a ver a un amigo mientras dormías, y cuando regresé me encontré a Manuel cargando con esa bandeja. —La señala, está bocabajo en el suelo—. Me dijo que era para ti y que Laura se acababa de marchar, así que, como subía a casa, me ofrecí a traértelo yo mismo. Todo esto que hay por aquí era tu cena —continúa mientras señala trozos de galletas y leche derramada.

—Lo siento —susurro, apenada.

—Tranquila. Yo voy tomar lo mismo esta noche. Si te apetece, puedes acompañarme a casa. Tengo galletas y bizcochos de sobra —me dice con una sonrisa.

—Yo, eh... No quiero molestar. —Imaginarme en su casa me pone nerviosa.

—Si creyera que me vas a molestar no te lo pediría. ¿No crees? —Sus preciosos ojos azules bailotean clavados en mí mientras espera a que conteste. No mentí a Laura cuando le dije que era guapo. Más bien me quedo corta.

—Eh... Sí, bueno, está bien. Vayamos. —Caminamos hasta el ascensor. No tengo nada que perder.

Las puertas se cierran y un recuerdo borroso intenta llegar a mi mente. Esta tarde, ¿estuvimos muy cerca el uno del otro aquí? ¿Algo parecido a lo que hace unos minutos ha estado a punto de suceder en la habitación? Estaba tan jodidamente borracha que no logro distinguir si ha sido real o lo he soñado. Todos mis

recuerdos se esfuman en cuanto la puerta se abre y lo primero que veo es un maravilloso y amplio pasillo con suelos de parqué, zócalos de madera y varias macetas con verdes y frescas plantas de interior.

—Bienvenida a mi humilde morada. —Me guiña un ojo.

—Vaya... Es de todo menos humilde —le digo riendo.

Abre unas grandes puertas de madera con cristales labrados y entramos al salón. Es muy amplio también y tiene tres enormes sofás de piel blanca de cinco plazas cada uno. Hay una mesa de madera maciza a la derecha que debe de medir unos tres metros y medio, y, al frente, se encuentra una barra hecha de ladrillos de era que separa el salón de la cocina. Junto a ella puedo contar ocho taburetes de roble rústico colocados en línea, que combinan a la perfección con la encimera de mármol.

Cuando toma mi brazo sano para llevarme hasta la cocina, una familiar y extraña corriente se apodera de mi cuerpo. Últimamente, cada vez que me toca, la sensación es mayor. Casi al punto de erizarme la piel. Intento hacer caso omiso, pero no puedo evitar disfrutar con ello. «Pero ¿por qué siento esto?».

—¿Frío o caliente?

—¿Perdona? —Estoy tan perdida en mí misma que no sé de qué me habla.

—¿Cómo te gusta tomar el batido? —me repite sonriendo—. ¿Frío o caliente?

—Fresquito, que tengo sed. —Le devuelvo la sonrisa.

Miro embobada cómo se desenvuelve, sabe perfectamente dónde está guardada cada cosa. Abre puertas, cierra puertas. Abre cajones, cierra cajones. Saca utensilios que va poniendo en

la encimera y lo prepara todo con absoluta soltura. Al final lo tiene todo listo en tiempo récord.

—Toma. —Me ofrece uno de los tazones.

Al estirar la mano para cogerlo nuestros dedos se rozan y vuelve la corriente, pero esta vez más intensa. Nos quedamos así durante unos segundos y ninguno aparta su mano del otro. Juraría que él también está sintiendo esa extraña electricidad por la forma en la que me mira. Sus ojos, clavados en los míos, hacen que me pierda en sus iris, tan azules como mares y tan atrayentes que me cuesta volver al presente. Poco a poco, y a medida que me centro de nuevo, noto rubor en mis mejillas y muerdo mi labio inferior para aliviar mi vergüenza.

Antes de que pueda darme cuenta, su suave y fuerte mano está sujetando mi barbilla y el calor que desprenden sus yemas traspasan mi piel. Lentamente, tira de mi mentón hacia arriba para que lo mire de nuevo y ahí están otra vez esos profundos pozos azulados clavados en mí. Se acerca muy poco a poco mientras su mirada recorre mis facciones y se detiene en mis labios.

—Natalia. —Mi nombre sale de su boca en forma de susurro.

Su cálido aliento envuelve mi rostro y cierra los ojos con fuerza. Pega su frente a la mía y en ese momento pierdo la capacidad de razonar. No soy capaz de pensar en nada, ni tampoco quiero. Espero el siguiente paso, pero no llega, solo se aparta con la misma lentitud con la que se acercó antes. Suelta mi barbilla y niega ligeramente con la cabeza, como si estuviera batallando contra una lucha interna. Su mirada no tarda en confirmármelo, ya que puedo ver confusión en ella.

Me quita el tazón de la mano y recoge el suyo de la encimera,

camina con ellos hasta uno de los sofás y los coloca sobre un par de manteles individuales que hay en una pequeña mesa rectangular. Sus movimientos son tan ágiles y seguros que no puedo dejar de contemplarlo. Es como si todos sus músculos bailaran una coreografía perfecta cada vez que se mueve.

Se gira para indicarme que todo está preparado y, cuando me descubre observándolo, levanta una ceja y sonrío de forma pícaro. El rubor vuelve a mis mejillas y, sin mirarlo a los ojos, me acerco hasta donde me está indicando. Tomo asiento y al momento se sienta a mi lado. Deja varios dulces en bolsitas individuales y me acerca dos bizcochos y una porción de tarta de manzana. Protesto por la gran cantidad que me prepara para cenar, pero hace caso omiso y, al saber que por mi lesión no puedo, es él quien me los abre.

—¡A por ello! —Da el pistoletazo de salida y, entre risas, nos acomodamos para empezar.

Aunque en un principio parecía mucha cantidad, no tardamos en devorar todas las existencias. Con la barriga a punto de explotar y con el empacho propio de haber tomado una gran cantidad de azúcar, nos apoyamos en el respaldo del inmenso y cómodo sofá, en el que parece que, más que sentados, estamos tumbados, y conecta la gran pantalla de cincuenta pulgadas. Pasa de un número a otro y, cuando lleva un rato así, pierdo la cuenta de los canales que lleva, parece que no tienen fin...

Al final se decide por una película que está empezando y nos acomodamos más, aún si cabe. Cuando llevamos un par de minutos así, y aunque me esfuerzo por permanecer despierta, el sueño se apodera de mí y no puedo hacer nada para

evitarlo. Por más que lo intento, mis párpados caen y caen, una y otra vez...

Dos veces soy consciente de haber abierto los ojos durante unas décimas de segundo. En la primera estaba apoyada en su hombro y, aunque me quise incorporar para no incomodarlo, lo evitó pasando su brazo por encima de los míos, dándome así una mayor comodidad al quedar mi cabeza apoyada en su pecho y, por la protección que sentí al instante, no tardé en volver a quedarme dormida. La segunda cuando algo suave, calentito y esponjoso cayó a lo largo de todo mi cuerpo.



Un rico olor a café recién hecho es mi despertador. Me estiro con cuidado y no tardo en descubrir una mantita suave, calentita y esponjosa. Sonríó mentalmente y lo asocio con rapidez. Estoy en el sofá, donde anoche me quedé dormida, y he descansado como nunca. Me levanto y busco por toda la estancia su silueta, pero no hay suerte. César no está, en cambio, diviso un papel con letras en negro pegado a la cafetera. Por la distancia, no puedo leer qué pone y tengo que acercarme más a él.

Buenos días, Natalia.

Espero que hayas dormido bien. Aquí tienes un café recién hecho y unos pasteles que ha subido Manuel. Volveré esta noche. Tengo que trabajar.

Estás en tu casa, sírvete de lo que necesites.

Abrazo la nota, la dejo pegada a mi pecho y sonrío. Es lo más bonito y amable que han hecho por mí en mucho tiempo. Busco entre los muebles hasta dar con los vasos y me sirvo un café. Está delicioso. Tomo entonces uno de los pastelitos y gimo de placer. Está aún mejor que la bebida. Habiéndome comido tres anoche, todavía son bien recibidos en mi cuerpo. Son de nata y chocolate, mis favoritos. Cuando termino, buscando las posturas correctas, procuro dejarlo todo recogido. Lavo el vaso, coloco el azúcar en su sitio, doblo la mantita y, viendo que no hay más que hacer porque la casa está impecable, me siento en el sofá y miro al vacío. «Qué aburrimiento», me digo.

Decido entonces darme una ducha y cruzo los dedos para que no le importe o, al menos, no me crea una atrevida, pero de verdad la necesito. Cojo mi bolsa, salgo del salón y, entre todas las puertas que encuentro, busco el baño. Me decido por la primera que veo y acierto. Es muy amplio, tiene una gran bañera de hidromasaje y un espejo que llega desde el techo hasta el suelo, haciéndome cambiar de idea. ¿Quién quiere una ducha después de ver esto? Mejor un buen baño. El lavabo es de piedra pulida y los azulejos están colocados a cartabón con unas cenefas impresionantes. Abro un mueble de madera de cerezo y está repleto de productos de higiene y toallas. Todo está tan bien colocado que da cosa tocarlo.

Presiono el tapón central y comienzo a llenar la bañera. Mientras, preparo mi ropa, y, viendo que no tengo mucho donde elegir, decido que después saldré de compras.

Le pongo al agua varios productos, entre ellos algunas sales y un gel que huele a él. Cuando la espuma ya está lista, me desnudo y, poco a poco, me voy metiendo dentro. Mi cuerpo agradece

ese contraste de temperatura y puedo notar que mis lesiones están mucho mejor. Apenas duelen ya y mis músculos pueden relajarse dentro del agua. Apoyo mi cabeza en el borde, dejo el brazo escayolado fuera para no mojarlo y pierdo la noción del tiempo. No sé si han pasado horas o minutos, pero lo que sí tengo claro es que mi cuerpo está tan arrugado como una pasa y debo salir ya.

Me visto con mis ropas limpias, las mismas que traje de casa, solo que Manuel se encargó de lavarlas, y saco de mi bolso el maquillaje para tapar la sombra morada que aún tengo en el mentón. Cuando creo que se ha disimulado bastante, peino mi cabello y lo dejo suelto sobre mis hombros. No puedo hacer otra cosa.

Salgo de la casa y cierro. No tengo llave, por lo que imagino que luego alguien me abrirá. Subo al ascensor y pulso el botón para bajar. Al salir no hay nadie en el recibidor y cuando estoy a punto de poner el pie en el primer escalón, alguien me llama. Me giro y veo que es Manuel.

—Buenos días, Natalia. ¿Puedo ayudarla? —me pregunta viniendo muy deprisa hasta mí.

—Voy a comprar algunas cosas que me hacen falta —le digo con una sonrisa en los labios.

—No sé si debería, no creo que César esté conforme... —El pobre hombre parece confuso.

—No te preocupes, volveré pronto —respondo y salgo por la puerta, no sin antes notar su mirada inquieta. «Qué raro...», me digo a mí misma.

El sol me calienta de forma agradable mientras camino y la calle es muy tranquila, pero hay tan pocas tiendas en la zona que

decido ir a otro sitio. Levanto la mano para llamar a un taxi, al segundo intento lo consigo.

—Buenos días. ¿A dónde? —Le indico un centro comercial que suelo frecuentar.

La música que el taxista lleva en el coche hace que el trayecto sea muy ameno. No sé qué tema es el último, pero estoy segura de que ya lo he escuchado antes, así que lo tarareo mentalmente. Al llegar, se detiene en la acera de enfrente, le pago y cruzo la calle hasta entrar al centro. Hay multitud de tiendas, así que miro todos los escaparates antes de decidirme por una. Veo un pantalón que me encanta de color negro, en licra y algodón, y paso para averiguar si tienen mi talla. Al momento, una preciosa pelirroja me atiende.

—Tienes suerte, aquí está. Pruébatelo, a ver si te sientes cómoda. —Entonces cojo la prenda y me dirijo al probador.

Me queda como hecho a medida, pero no puedo abrocharme el botón por mi lesión y, como puedo, compruebo que lo hará. Últimamente estoy más delgada, apenas he comido estas semanas gracias al infierno en el que he vivido. Pago mi compra y recojo la bolsa para dirigirme a otra tienda, en donde vi una camiseta que también me gustó antes. Cuando estoy a punto de llegar, alguien me detiene, agarrándome con fuerza por el pelo.

Me giro con esfuerzo para ver quién es y todas mis alarmas se disparan.

—¡Mario!